


# EL REGRESO DE LOS PAJAROS


ST
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

413 — El culto de la carne sangrante, *Curtis Garland*.
414 — Crepúsculo rojo, *Ralph Barby*.
415 — El anticuario, *Adam Surray*.
416 — Araña humana, *Curtis Garland*.
417 — El bosque siniestro, *Clark Carrados*.

LOU CARRIGAN

# EL REGRESO DE LOS PAJAROS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 418
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 27.398 - 1981
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto, 1976



**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

# PARTE DEL FINAL

Varios coches de bomberos llegaron a la hermosa mansión que ardía ya por los cuatro costados. Comoquiera que las verjas se hallaban cerradas, fueron abiertas expeditivamente, y coches, material y hombres pudieron penetrar en el gran jardín iluminado de rojo debido a la gran hoguera que formaba la casa.

Por todas partes se oían gritos, órdenes, advertencias e indicaciones... Las mangas comenzaron a ser extendidas, mientras se buscaban las bocas de agua, mientras el intenso calor se esparcía cada vez más alrededor. Un grupo de bomberos se estaba poniendo ya los trajes especiales, mientras las órdenes llegaban hasta ellos en medio del rugir de aquel infierno, indicando la posible presencia de víctimas que todavía pudiesen ser rescatadas con vida de aquella casa...

—¡El garaje! —Gritó alguien—. ¡Hay que sacar los coches de ahí, antes de que el calor pueda provocar la combustión de la gasolina! ¡Media docena de hombres que vayan a la parte de atrás...!

Los gritos no cesaban, todo el mundo corría, las mangueras estaban lanzando ya gruesos chorros de agua hacia las altísimas llamas que devoraban sin piedad alguna, lo que había sido una magnífica mansión de seis columnas y bellas terrazas...

Los tres coches que había en el garaje fueron sacados por otros tantos bomberos, que los sacaron de la villa. Afuera, dos coches patrulleros de la policía se hicieron cargo de los vehículos, y las dotaciones se interesaron en ayudar en lo que pudieran... Desde la ciudad, se veían las luces de más coches que iban llegando...

—Todo un infierno —comentó uno de los policías, fascinado por el tremendo incendio—. No creo que queden de esa casa ni los cimientos, Frankie.

El capitán de bomberos Adam Lowell gritaba a todo pulmón incesantemente sus órdenes, una de las cuales fue:

—¡Unos cuantos hombres que caven zanjas atrás! ¡El jardín está allí más cerca de la casa, y hay que evitar que el fuego se propague a los árboles!

Cinco o seis bomberos, provistos de zapapicos, se aprestaron a obedecer tan sensata orden. Rodearon la casa, llegaron a la parte de atrás, y uno de ellos se encargó de distribuirlos a todos. Y gritando siempre todos excitados, presurosos, en busca de la máxima eficacia.

—¡La zanja, paralela a la casa, más adelante de esos arbustos! ¡Y mucho cuidado, que las paredes pueden caer de un momento a otro! ¡Hey, Jerry, tú allá, hombre, maldita sea tu estampa!

Jerry Conway lanzó un gruñido, mirando de reojo, hoscamente, a su compañero que había tomado la iniciativa. Pero, realmente, Roscoe tenía razón, así que se alejó un poco más y comenzó a clavar su herramienta en la esponjosa tierra, por delante de los arbustos de flores. Si los arrancaban a

tiempo, aquella parte del jardín quedaría despejada, de modo que el fuego, sin contar con el puente de los arbustos, ya no podría llegar a los árboles...

También había sido mala suerte que el fuego en la mansión se produjese aquella noche, precisamente cuando a Dorothy le habían empezado los dolores y tuvo que salir a toda prisa hacia la clínica. Acababa de recibir esta noticia, y estaba calculando la posibilidad de pedir permiso para ir con ella, cuando sonó la alarma, como siempre, debido a una llamada telefónica... En fin, con un poco de suerte, terminarían pronto allí, y...

Dejó el zapapico a un lado, asió los arbustos floridos, y dio un tirón. La mata fue arrancada de raíz, Jerry Conway la tiró a un lado, y se inclinó para recuperar su herramienta y seguir cavando...

—¡No! —Oyó junto a él—. ¡No lo apagaréis!

Lo oyó perfectamente, pese al rugir del fuego, a los gritos, al tremendo jaleo organizado en aquella villa. Y alzó rápidamente la cabeza, sorprendido e irritado por aquella inesperada presencia tan imprudente.

Su gesto quedó congelado en el rostro. Jerry Conway quedó bruscamente muy lívido como un muerto, sus ojos se desorbitaron, y su boca, de pronto, tembló violentamente, al ver lo que se le venía encima, aquella especie de monstruo ensangrentado de arriba abajo, ropas desgarradas, cabellos sueltos, ojos brillantes como rojas ascuas, con los brazos en alto, aullando, babeando... En un segundo, Jerry Conway experimentó el mayor espanto de su vida ante la monstruosa aparición que, mientras tanto, se había plantado ante él de un salto alucinante... Jerry alzó la mirada, y vio en la mano derecha del monstruo aquella cosa brillante y sangrante...

—¡ROSCOEEE...! —aulló.

Y mientras lanzaba el grito de terror, recibió en el pecho, en el lado derecho, la puñalada, o lo que fuese.

Fue un golpe fortísimo, terrible, que lo derribó de espaldas al borde de la zanja que había estado cavando. Un intenso frío sacudió a Jerry Conway, pese a la formidable hoguera que tenían a tan corta distancia. Le pareció que le sumergían la frente en hielo, que la cabeza le daba vueltas...

La siguiente visión fue otra vez el monstruo ensangrentado, descompuesto el rostro en una mueca de furia inaudita, blandiendo los brazos como armas, mientras muy cerca se oían otras voces, entre las cuales habría jurado que distinguía la de su amigo y compañero Roscoe.

Lo vio aparecer. Sí, era Roscoe... No lo distinguía muy bien, pero le conocía lo suficiente para saber que era Roscoe... Lo vio con el zapapico en alto, enfrentándose al monstruo.

También le vio bajar poderosamente la herramienta, y, al mirar al monstruo, le vio con el zapapico en el cráneo...

Justo entonces, Jerry Conway perdió el conocimiento por completo.

# CAPITULO PRIMERO

Lucille estaba escuchando muy atentamente a Ernest, pero no lo comprendía. Desde luego, entendía sus palabras una a una y el conjunto de todas y cada una de las frases, eso sí. Entendía todas las palabras, pero no le comprendía a él.

Se estaba esforzando, pero no lo comprendía...

Así que lo dijo:

—Ernest, me parece que no te comprendo.

Ernest Maxwell frunció el ceño. Por su parte, sabía que se había explicado a la perfección, así que, por tonta que fuese Lucy, tenía que haberlo comprendido. Quizá, sencillamente, Lucy era aún más tonta de lo que él suponía.

Y era una lástima que fuese tan tonta siendo tan bonita. Era, sin duda alguna, la chica más bonita que había conocido en muchos años. No en toda su vida, porque eso era mucho tiempo, y él había conocido a muchas chicas, bonitas. Algunas, incluso más que Lucy. Pero Lucy tenía... un encanto especial. Parecía, de verdad, una muñequita. Tenía buena estatura, era rubia, ojos azules de expresión deliciosamente ingenua, boquita redonda y sonrosada... Pero toda la belleza facial de Lucille, con ser muchísima, tenía el insuperable respaldo de una inaudita belleza corporal. Algo increíble, a fuerza de tanta perfección. Y sobre todo, tenía sexy. Todo esto, unido a sus veinte años recién cumplidos, la convertían en una verdadera muñequita con la cual, Ernest lo sabía muy bien, se podían pasar ratos formidables.

Como el último, por ejemplo. Igual que otras veces, se habían reunido en un motel. De eso hacía ya mucho rato, y estaba llegando la hora de despedirse, aunque Lucille no parecía tener ninguna prisa en vestirse.

—Seamos razonables, Lucy —murmuró por fin Ernest Maxwell—: Creo que me he explicado lo bastante bien para que me comprendas... Y yo también te comprendo a ti, desde luego. Sí, comprendo que después de estas semanas que llevamos viéndonos...

—Yo diría que algo más que viéndonos —murmuró ella.

—Sí... Sí, ya sé. Bueno...

—Y ahora me dices que no puedes hacer nada por mí... ¿En eso quedan todas tus promesas de ayudarme?

—He hecho lo que he podido.

--Yo no lo creo así. Prometiste mucho y no me has dado nada. Nada. Yo a ti, sí.

—Mira. Lucy, cuando...

—No eres más que un canalla.

—Un momento, un momento —gruñó Ernest—. Nada de ponernos desagradables. Cuando nos conocimos, tú no eras más que una ovejita descarriada, y aceptaste de muy buena gana mi ayuda...

—Que no me ha servido de nada. En cambio, a ti sí te ha servido de mucho mi compañía, ¿verdad? Y a cambio, sólo has tenido que pagar con promesas. Te has estado divirtiendo todo lo que has querido, y ahora dices que no puedes ayudarme... ¡Y prometiste ayudarme!

—Prometí intentar ayudarte —aclaró él—. Debías saber muy bien que no es fácil triunfar en Hollywood.

—No fue eso lo que dijiste —rechazó ella—. Parecías muy convencido de todo lo que decías respecto a presentarme a no sé cuánta gente que podría lanzarme al estrellato. Claro, eso requería su tiempo, y yo lo comprendí. Mientras pasaba el tiempo fuiste tan atento y cariñoso que yo me consideré obligada a corresponderte. Y ahora me dices que de lo dicho no hay nada, y que no es posible mi introducción cinematográfica. ¿Por qué motivos?

—Escucha, hay muchas chicas como tú, y aun más bonitas, que están buscando la misma oportunidad. Las hay a miles.

—Y supongo que yo soy una de las muchas a las que te has ofrecido para "ayudar". Una más, ¿no es cierto? Pero como ya te estás aburriendo de mí, dices que no puedes ayudarme, y ya está. Adiós. ¿No es así?

—No he dicho adiós. He dicho que ese papel importante que tú buscas, que tú deseas, no puedo conseguirlo, Lucy. Pero sí otros papeles.

—¿Por ejemplo...?

—Bueno... Hay muchas películas en las que hacen falta chicas bonitas.

—Oh. ¿Te refieres a ésas en las que, en determinada escena, aparece un montón de muchachas encantadoras a las que los productores no se molestan en vestir?

—Más o menos.

—Ya, pero para conseguir esa clase de contratos, yo no te necesitaba, Ernest.

—Puedes ganar bastante dinero. Además, puedes hacer filmes privados, ya sabes... ¿Me comprendes?

Lucille enrojeció intensamente.

—Cada vez te voy comprendiendo mejor —susurró—. Sé muy bien a qué clase de filmes te refieres, claro. De esos que se hacen centenares de copias y se pasan en proyecciones privadísimas. Pero no es eso lo que yo ando buscando.

—Pues, querida, con tu talento no creo que consigas nada mucho mejor.

—¿Qué quieres decir?

—Oh, vamos, Lucy... Eres una chica mona, pero nada más. Deberías saberlo, deberías ser la primera en comprender tus limitaciones. Tienes un cuerpo precioso: deberías sacar partido de él del mejor modo posible para tu bolsillo, sin tantos prejuicios tontos. Y sobre todo, sin tantas pretensiones. Mira, hubo una Marylin Monroe, hay una Welch, una Andress... Tú me entiendes. Las demás tienen que conformarse con tener menos suerte. De todos modos, yo puedo proporcionarte contactos que te harían ganar mucho más dinero del que piensas.

—Sólo con ser bonita.

—Claro.

—Y aunque sea tonta.

—Sí —sonrió Ernest—: aunque seas tonta.

—O sea, que según tú, soy tonta.

—Pues —amplió su sonrisa Ernest—, ya que pones las cosas tan en su punto, te diré que no me pareces ninguna maravilla en cuanto a talento, la verdad.

—Por lo tanto, te dedicarás a partir de ahora a buscar a otra chica..., en busca de talentos, naturalmente.

—Algo hay que hacer en la vida —rió por fin Ernest.

Lucille se le quedó mirando fijamente. Así estaban las cosas, finalmente. Primero, había parecido que era coser y cantar lo de lanzar a la fama mundial a Lucy Lane convertida en una grandísima estrella cinematográfica. Ahora, llegaba el final, después de varias semanas de... amistad. Y Ernest Maxwell se reía.

—Eres un cínico y un canalla.

—Me parece que la entrevista ha terminado —volvió a reír Ernest—. Lo has puesto muy difícil, pero eso sólo te perjudica a ti. Sólo dime si quieres participar en filmes privados, de esos que ya sabes, y por hoy nos despediremos. Por hoy... o para siempre, a tu gusto.

Lucille Dexter, volvió a quedarse mirándolo fijamente. Allí terminaba todo en cuanto a la última oportunidad que había encontrado en Hollywood para convertirse en la famosa estrella Lucy Lane... La última hasta el momento, claro, porque podía encontrar muchas más. Pero todas iguales a la que le había proporcionado Ernest Maxwell sin duda...

—Mientras lo piensas, voy a ducharme —sonrió irónicamente Ernest—: Tienes la poco elegante costumbre de perfumarte demasiado.

Salió del dormitorio, y poco después, Lucille oía el rumor del cuarto de baño del pequeño bungalow del motel. Se sentía incapaz de moverse, pero se estremeció cuando Ernest comenzó a silbar alegremente bajo la ducha.

Por su parte, Ernest Maxwell, de pie en la bañera, recibiendo con agrado el frescor del agua, silbaba, sonriente. Sí, Lucy había puesto un poco difícil el final, pero éste tenía que llegar tarde o temprano, y él sabía que tenía que afrontarlo. El final era siempre lo desagradable, pero ya estaba acostumbrado. Desde luego, lamentaba haber tenido que precipitarlo tanto con Lucy, pero ella se estaba poniendo cada día más pesada, más exigente en sus peticiones de que le presentase a alguien importante, que la introdujera como estrella nada menos en alguna película... ¡Todas querían lo mismo! Ser grandes estrellas, admiradas, famosas, supermillonarias. Bueno, peor para tantas y tantas tontas que llegaban a Hollywood a miles, convencidas de que con su belleza lo iban a conseguir todo en un abrir y cerrar de ojos...

La cortina de la bañera se apartó, y Ernest volvió la cabeza al oír el deslizarse de las anillas. Lucy estaba ante él con las manos en la espalda, muy

pálida, mirándole como hipnotizada.

—En seguida termino —sonrió Ernest—. ¿O prefieres que nos duchemos juntos?

Lucy alzó una pierna, luego otra, y quedó en la bañera, delante de Maxwell, que la contempló sonriente, y con cierto sarcasmo.

—Así me gusta —dijo—: que seas razonable. Todavía podemos ser...

Se calló de pronto, y sus ojos se abrieron mucho; y su boca, en un gesto de estupefacción. No comprendía. . Ahora era él quien no comprendía... Lucy ya no tenía las manos a la espalda, sino ante sus ojos. Y en la derecha, Ernest vio uno de los cuchillos de la pequeña cocina de la cabaña. Lucy alzó aquel cuchillo ante los pasmados ojos de Ernest Maxwell, y sólo entonces éste tuvo plena comprensión de la actitud de la muchacha. Palideció también, quiso moverse...

Y la primera cuchillada le acertó de lleno en el pecho, justo por encima del bien musculado y velludo pectoral derecho.

Ernest lanzó un alarido, y cayó de espaldas al fondo de la bañera, en el extremo, golpeándose en la cabeza, Pero a pesar de esto, y de la cuchillada, todavía pudo moverse, todavía intentó ponerse en pie, con los ojos desorbitados...

Lucy Lane no le dejó.

Se inclinó hacia él, y volvió a hundir el cuchillo en su cuerpo. Un ronco quejido brotó de los labios de Ernest.

Y todavía una especie de gemido al recibir la tercera puñalada... Las siguientes ya no las notó. Ya no podía notarlas, ni nunca volvería a notar nada, ni malo ni bueno. Ni siquiera volvería a moverse nunca más, por sus propios medios de voluntad.

Quedó sentado en el extremo de la bañera, con la cabeza caída sobre el pecho ensangrentado, los ojos casi fuera de las órbitas. Delante de él, recibiendo la ducha en la espalda, estaba Lucy Lane, con el cuchillo en alto, en el último gesto que no llegó a terminar, mirándolo como si fuese un simple objeto, ensimismada la expresión, como alucinada.

Durante más de medio minuto, así estuvieron. El, muerto, desorbitados los ojos. Ella, viva, pero alucinada, mirándolo, recibiendo el agua fría en la espalda. Y este ruido de la ducha era el único que se oía. Todo parecía haberse detenido, haber quedado en suspenso, excepto el agua cayendo sobre Lucy Lane.

Por fin, ésta dejó caer el cuchillo, se enderezó, y el agua cayó sobre sus rubios cabellos. Se miró las manos manchadas de sangre, y las puso bajo la espesa lluvia cristalina, que las fue limpiando, limpiando... De la ducha caía agua transparente, y por el desagüe se marchaba agua de color rosa intenso.

“Lo he matado —pensó impávidamente Lucy—. Pero se lo merecía. Era un canalla, un cerdo... Me iré de aquí. Me iré a visitar a tía Caroline. Cuando lo encuentren, yo ya estaré allí, con ella... Y buscarán a Lucy Lane, pero no a Lucille Dexter... Sí, lo mejor que puedo hacer es ir a pasar unos días con tía

Caroline."

# CAPITULO II

La hermosa villa de tía Caroline tenía el bello aspecto bucólico y elegante de siempre. Se veía al fondo del largo sendero bordeado de árboles y flores, blanca y grande, majestuosa, rodeada de césped, imponente con sus seis grandes columnas blancas.

Todo estaba igual que siempre.

—Debí venirme aquí desde el primer momento —reflexionó Lucille—. Tía Caroline siempre me ha querido, y tiene tanto dinero que nunca me faltaría nada..

De todos modos, en el fondo, la idea no acababa de gustarle, porque no era dinero lo que ella andaba buscando. Si hubiera sido dinero lo que quería, ya se habrían solucionado sus problemas con la oferta de Ernest... No. No era "sólo" dinero lo que quería, sino sentirse importante, ser "alguien". Lo cual, ciertamente, era muy difícil de conseguir viviendo con tía Caroline.

Pero, a fin de cuentas, no le había ido mucho mejor con Ernest, y, en definitiva, una temporada de descanso en la mansión de su tía le sentaría bien, lejos de Hollywood, de sus ambiciones. Sí. Eso era exactamente lo que necesitaba: una temporada de descanso, de no pensar en nada, de no ambicionar nada...

Algo había cambiado en la villa de tía Caroline, sin embargo.

En primer lugar, las grandes verjas de hierro estaban cerradas, cosa que nunca había sucedido, al menos durante el día, de modo que tuvo que salir del coche y tirar de la cadenita que en la casa hacía sonar una campanilla. En segundo lugar, no fue el ya conocido y casi querido Stephen quien salió de la casa camino de la entrada sino otro hombre. Alto, fuerte, imponente, elegante, macizo... Desde luego, no era Stephen, pero so cabía la menor duda de que era el mayordomo.

Llegó ante las verjas y se quedó mirando inexpresivamente a la hermosa muchacha.

Lucille sonrió, y dijo:

—¿Quiere abrir, por favor?

—¿La están esperando? —preguntó el hombre.

—Pues..., no. No. Pero yo no necesito que me esperen para venir a esta casa: soy la sobrina de mistress Dexter.

El hombre parpadeó.

—¿Cuál sobrina?

—Sólo hay una sobrina —casi rió nerviosamente Lucille—: Soy Lucy. Usted no me conoce porque es nuevo aquí... Stephen ya me habría abierto.

El mayordomo fue a una pequeña caseta, entró en ella, y, a través del cristal, Lucille le vio utilizar el teléfono. Estuvo hablando durante unos pocos segundos, al cabo de los cuales salió, y se acercó con expresión considerablemente más amable.

—Disculpe —pidió—. Mistress Dexter está bastante ocupada últimamente, y tengo órdenes muy severas para impedir que la molesten. Pase, por favor.

Abrió las verjas, mientras Lucille le contemplaba no poco asombrada, ¿Tía Caroline estaba ocupada? Esto era completamente nuevo, porque hasta donde ella sabía, tía Caroline jamás había estado ocupada en otra cosa que languidecer elegantemente, cuidando de sus manos, su rostro y su figura. Sorprendente.

Ya en el coche, lo introdujo en la villa, conduciendo despacio hasta delante de la casa, mientras miraba a todos lados. Parecía que todo estaba igual, desde luego. Exactamente igual. Pero había algo..., algo extraño. Había parado el motor del coche, y cuando el mayordomo llegó tras ella, todavía no se había decidido a apearse. Notaba a su alrededor un denso silencio, que le parecía artificial. Como en escenas deliberadamente raudas de algunas películas, para provocar una tensión, un estado de alerta, un interés, puesto que no había sonido, se debía esperar que algo ocurriese de un momento a otro con imágenes...

—Tenga la bondad —oyó.

El mayordomo le había abierto la portezuela. Lo miró con más atención... Era muy correcto, agradable, y desde luego, amable, aunque serio.

Salió del coche y volvió a mirar a todos lados. La tarde era hermosa, tibia, soleada; había cientos de flores, o miles... Más allá, se veía la mancha azul de la piscina. Pero había algo..., algo que... De pronto, se dio cuenta. De pronto, comprendió qué era lo que la tenía sorprendida: no había ni un solo pájaro en el gran jardín.

Ni uno solo.

Todas las veces que había estado allí, muchas, había escuchado siempre el piar de docenas de pájaros en los árboles, y entre las flores. Ahora, no oía ni uno solo. Y esto era tan desusado allí, tan extraño que quedó como clavada en el suelo. Aquello exactamente era lo extraño. A aquello, se debía el denso, completo silencio tan sorprendente: ni un solo pájaro.

—Mistress Dexter la recibirá en seguida, señorita.

Volvió a mirar al mayordomo, que estaba junto a ella, todavía sosteniendo la portezuela del coche, impávido, Asintió con la cabeza, y se dirigió a los grandes y blancos escalones amplísimos que llevaban a la puerta. El mayordomo subió tras ella, empujó la puerta, y se apartó. Entraron los dos, y, mientras el hombre señalaba hacia una puerta a la izquierda del gran vestíbulo de piso de mármol, ella se apresuró a decir:

—Supongo que tía Caroline estará en su saloncito privado... No se moleste en acompañarme.

—Como guste. Llevaré su coche al garaje, entonces.

—Sí. Sí, gracias... ¿Cómo se llama usted?

—Theodor, señorita. Para servirla.

—Gracias, Theodor Hasta luego.

El mayordomo inclinó la cabeza, y salió de la mansión, Lucille quedó sola,

sumida en aquel silencio que comenzaba a molestarla, a inquietarla. En una casa siempre hay algún ruido, pero no oía ninguno allí. Por primera vez no oía nada a su llegada.

Fue hacia la puerta que había comenzado a señalar el mayordomo, la empujó y entró... En seguida vio a tía Caroline. Estaba sentada, cómo no, eh su sillón favorito, de cara a la puerta. Al verla a ella, sonrió, y se puso en pie inmediatamente tendiendo los brazos.

—¡Querida Lucy! —exclamó—. ¡Cuánto me alegro de verte! ¡Deja que te abrace, querida!

Acudió a su encuentro, y Lucille aceptó el abrazo, de buena gana, porque, en verdad, siempre había correspondido al gran afecto que le tenía su tía. Caroline Dexter estaba diciendo algo, riendo, mientras la abrazaba y le daba cariñosos manotazos. Lucille sonreía, comenzando a tranquilizarse, a alejar de sí aquella sensación de disgusto, de inquietud. Pero, de pronto, vio al hombre, y su sonrisa quedó como congelada en sus labios.

El hombre había estado sentado en otro sillón, de espaldas a la puerta, de modo que el respaldo le había impedido verlo. Pero se había puesto en pie, volviéndose hacia la entrada al saloncito y contemplaba la cariñosa escena, sonriente. Seguramente fue la sonrisa, aquella sonrisa, la que dejó congelada a Lucille. Era exactamente igual que si, de pronto, una máscara de goma consiguiese sonreír. Como si sus facciones fuesen superpuestas, postizas, y detrás hubiese un mecanismo capaz de estirarlas en aquella horripilante sonrisa, que nada expresaba. Nada en absoluto. La piel de aquel rostro era rojiza, como de goma también... Sí, como una máscara de goma roja. Las cejas y los cabellos eran blancos, y los ojos muy negros; parecían... dos manchas de tinta. La boca era grande, de labios muy gruesos. Y la barbilla se hundía tanto que parecía unirse a la garganta... Como si no tuviese barbilla. Una cara extraordinaria, cuyo aspecto recordaba a la vez las facciones de una rata y de un mono viejo y arrugado...

Tía Caroline se dio cuenta del envaramiento de

Lucille, porque dejó de darle cariñosos apretujones, la miró, siguió la dirección de su mirada, y sonrió más ampliamente.

—Ven, querida —dijo tirando de una mano de ella—. Voy a presentarte a un querido, queridísimo amigo. El es el doctor Franklin... Franklin: por fin conoces a mi sobrina Lucy.

—Encantado —dijo el doctor Franklin, tendiendo la diestra, con la sonrisa como clavada en su cara—, Caroline me ha hablado muchas veces de usted, señorita Dexter.

Lucille estaba mirando aquella mano, profundamente impresionada. Era sin duda alguna la mano más grande que había visto en su vida. Y la más hermosa. Una hermosísima y viril mano, que en modo alguno correspondía a un hombre menudo, delgado, de hombros flacos y caídos, y de tan feo aspecto como era el doctor Franklin. Pero, a pesar de esto, durante un instante se dijo que no quería tocar aquella mano. Fue sólo un instante. Luego, adelantó la

suya, intentando sonreír.

—¿Cómo está usted, doctor?

En lugar de terminar la frase, lanzó un respingo, casi un alarido de sobresalto, cuando aquella mano se cerró en torno a la suya, traspasándole súbitamente una increíble, estremecedora frialdad. Parecía de hielo.

—Perdón —volvió a sonreír Franklin, soltándole en seguida—. Siempre olvido que tengo las manos muy frías... Lo siento.

—No..., no es nada. Es que... me ha sorprendido.

—Lo comprendo. Y no debe usted disculparse, porque sé muy bien que tenía razón. De veras lo siento.

—No..., no importa, no.

—Es usted muy amable. Bien —miró a tía Caroline—, supongo que tendrás muchas cosas que hablar con tu sobrina, así que os dejo solas.

—Pero cenaremos juntos —alzó un dedo tía Caroline,

—Ya sabes que me encanta cenar contigo —intentó rechazar Franklin—, pero quizá esta noche prefieras hacerlo a solas con tu sobrina.

—De ninguna manera —insistió mistress Dexter—, Todas las noches desde hace tiempo cenamos juntos, Franklin... y no creo que a Lucy le moleste que también lo hagamos esta noche. ¿No es cierto, querida?

—Claro —consiguió murmurar Lucille—. De ningún modo quisiera que mi presencia molestase a nadie.

—Tonterías —rió tía Caroline—. ¡Aquí nadie molesta a nadie! A las siete y media, Franklin.

—De acuerdo. Hasta luego, entonces —inclinó la cabeza hacia Lucille—. Ha sido un placer, señorita Dexter.

—Gracias... Lo... mismo digo.

Franklin salió del saloncito, y Caroline tendió ambas manos hacia Lucille, tomando las suyas.

—Vamos a sentarnos en el sofá —dijo—. ¿Cuánto tiempo has estado sin venir a verme esta vez, picarona?

Se sentaron las dos, y Lucille consiguió sonreír.

—No demasiado... Me parece que tres o cuatro meses.

—¿Tres o cuatro meses? ¡Vamos, querida...! ¡Hace casi un año que no has estado en esta casa!

—No tanto, tía Caroline, no tanto...

—Pongamos nueve o diez meses. Espero que no estés en ningún apuro. Quiero decir, en un apuro grave, que no pueda solucionarse con dinero, tú me entiendes.

—Oh, no he venido a pedirte dinero, de veras.

—No importa. Mejor dicho, sí importa. Me alegro, porque eso quiere decir que las cosas te van bien... ¿O no?

—Sí... Me van bien. Muy bien.

—Me alegro muchísimo. De todos modos, cuando te vayas, ya sabes que' te llevarás algún regalo de tía Caroline. Dime: ¿a qué te dedicas ahora? Si no

recuerdo mal, querías ser actriz, o algo así. ¿Lo has conseguido?

—No. No exactamente... Más bien he conseguido... “algo así”.

—Oh.

—Pe... pero tengo muchas esperanzas de conseguir algo muy pronto. Algo importante, desde luego.

—Desde luego. ¿Cómo no me avisaste de tu visita? Tendrías ahora preparado tu dormitorio.

—No tiene importancia. Al menos, no para mí... Iré a ver ahora mismo a Betty y Mary Jane, y...

—Ya no están aquí

—¿Mary Jane y Betty ya no están contigo?

—No.

—Tampoco está Stephen... Está ese mayordomo nuevo, que se llama Theodor.

—Es muy eficiente. También Ruth y Tomaso son muy eficientes, te lo aseguro.

—¿Quiénes son Ruth y Tomaso?

—Ruth es mi nueva doncella, y Tomaso, el cocinero. Claro, están ocupando respectivamente los puestos de Betty y Mary Jane. En cuanto a Theodor, como habrás comprendido, sustituye a Stephen.

—Sí... Claro. Pero... no entiendo. ¿Por qué has cambiado de servidumbre? Siempre decías que estabas acostumbrada a Betty, Mary Jane y Stephen, y que...

—Ellos quisieron marcharse, querida.

—¿Los tres?

—Sí. Con muy poca diferencia de tiempo. Comprenderás que no iba yo a cuidarme de la casa, el jardín, la cocina... Tenía que contratar nuevos sirvientes.

—Por supuesto, sí. Pero si no recuerdo mal, tú siempre preferiste una mujer en la cocina, no un hombre. Y ahora, está ese Tomaso...

—Oh, Tomaso es más conveniente. Hace falta mucha energía y ganas de trabajar para atender a tanta gente, y Mary Jane no habría podido hacerlo, porque estaba demasiado bien acostumbrada, cuidando sólo de cuatro personas y algunos invitados de cuando en cuando.

—Ah. Pero... ¿por qué dices “tanta” gente? Yo no he visto a nadie más que al doctor Franklin.

—Hay en la casa también otras personas... Amigos de él, de Franklin. Ya los irás viendo, si te quedas algún tiempo. Ellos se pasan la mayor parte del fiemen el salón grande.

—¿En el...? Pero yo he pasado cerca de la puerta y no he oído a nadie allí, tía Caroline.

—Puede que no estén en estos momentos. La verdad es que todos están muy ocupados... ¿Vas a quedarte muchos días?

—Había pensado... quedarme una semana... o dos. Pero me parece que no

he elegido una ocasión propicia, ¿verdad?

—¿Alguna vez te he recibido mal? —protestó Caroline.

—No —sonrió Lucille—, Pero esta vez... No sé. Hay algo extraño, me parece. ¿Quién es el doctor Franklin, y qué hace aquí con… con sus amigos?

—Trabajan.

—¿Tú también? —rió Lucille.

—¿Yo? ¡Qué locura, hijita...! Lo único que, hago yo es permitirles utilizar mi casa. Es un sitio tranquilo, discreto, bien acondicionado... Nadie les molesta en su trabajo.

—Antes no te gustaba que hubiese mucha gente en la casa.

—Ay, jovencita, lo que cambian las cosas... Mira, ahora puedo decírtelo: me arruiné, y...

—¡Tía Caroline!

—Así es, así es, querida: Me arruiné. Y ya habría tenido que vender la villa si no hubiese sido por Franklin.

—¿Te da dinero por estar aquí?

—Digamos que paga un magnífico alquiler. Tan magnífico, que si necesitas algo, ya sabes que sólo tienes que pedirlo. Como siempre, ni más ni menos.

—No... No necesito dinero. Y menos, ahora que sé.

—Ya hablaremos de eso antes de que te marches, ¿Cuánto tiempo has dicho que vas a quedarte?

—¿Es mucho un par de días? —enrojeció Lucille.

—Claro que no, muchachita... El tiempo que quieras...

—Creo..., creo que dos días serán suficientes.

—Como gustes. Supongo que quieres bañarte y cambiarte para la cena... Llamaré a Theodor para que te suba el equipaje a la habitación de siempre...

—No he traído equipaje.

—¡Cómo! —Se sorprendió mistress Dexter—. ¿Qué dices?

—Solamente un pequeño maletín con algunas cosas precisas.

—Pero... ¿no decías que pensabas quedarte una semana o dos?

—Sí, sí... Es que .. Bueno, tuve un pequeño problema en Los Angeles... Cosas sin importancia, pero...

—Lucy: si estás en algún apuro será mejor que te confíes a mí.

—No, no, de veras. Es sólo que..., que había cosas que me disgustaban allí, y decidí marcharme de pronto.

—Bien… No voy a insistir, naturalmente. Ya eres mayorcita..., y supongo que has aprendido a vivir tu propia vida. De todos modos, llamaré a Theodor y le diré que recoja tu maletín del coche y lo suba a tu dormitorio de siempre. Yo te acompañaré a...

—No, no. Yo me las arreglaré. No tienes que molestarte, tía Caroline. Ni vale la pena molestar a Theodor por tan poca cosa. Yo misma iré a buscar mi maletín.

—Qué tontería... Cuando en la casa hay un mayordomo y otros criados...

—Lo haré yo misma, no me importa. Tía Caroline..., ¿te has dado cuenta de que no hay pájaros en el jardín?

—¿Cómo? ¿Qué dices? —respingó contenidamente mistress Dexter.

—No hay pájaros. Las otras veces había muchos. Siempre. Y esta vez no hay ninguno.

—Imaginaciones tuyas... ¡Claro que tiene que haber pájaros! Estarán volando por otros sitios... ¡Ya vendrán! ¿Qué tonterías estás diciendo?

—Sí, deben ser tonterías —sonrió Lucille—. Supongo que de un momento a otro los oiré. Deben estar por otro sitio... ¡El cielo es tan grande!

—Muy grande —rió Caroline—. Anda, ve a prepararte para la cena. A las siete y media, ya lo sabes.

—Sí. Hasta luego.

Lucille salió del saloncito, cruzó el vestíbulo y salió al jardín. Caminó hacia la derecha, donde estaba el garaje. Del coche, recogió el maletín que se había llevado al motel para su cita con Ernest. Volvió a salir al jardín, caminando de nuevo hacia la casa.

Se detuvo y miró hacia arriba, girando lentamente, mirando todos y cada uno de los árboles que la rodeaban. No se oía el menor sonido, no se movía ni una ramita, ni una sola hoja. Era una quietud, un silencio, como..., como de aguas estancadas. Eso era: como de aguas estancadas, inmóviles para siempre, pesadas, oscuras.

Tuvo el impulso de marcharse, pero, tras vacilar, siguió caminando hacia la casa. Cuando entró, vio de nuevo cerrada la puerta del saloncito de tía Caroline. También estaba cerrada la puerta del salón grande, donde tía Caroline decía que otros invitados, los amigos del doctor Franklin, se pasaban la mayor parte del tiempo... Pero en aquellos momentos no debían estar allí, porque no oía m una sola voz, nada.

Quizá estaban por el jardín...

“Pero tampoco los he visto allí —pensó—, Y aun que no pudiera verlos, las personas siempre hablan, hacen un ruido u otro... Quizá estén arriba, en sus dormitorios, arreglándose para cenar. ¿Por qué no los ha mencionado a ellos también para la cena? Además, es muy pronto para que se estén vistiendo para la cena. Seguro que deben estar por el jardín..."

Se acercó a una de las enormes ventanas, apartó la cortina, y volvió a mirar hacia el jardín, a todas partes. Bueno, al menos desde allí no se veía a nadie, así que debían estar arriba... Quizá, descansando. Eso debía ser.

De pronto, vio salir a Theodor del garaje. Encogió los hombros, dio media vuelta..., y se detuvo en seco.

¿Del garaje? Ella acababa de estar allí y no lo había visto. Desde luego, el garaje era grande, pero...

Volvió a mirar por la ventana. Theodor estaba en la puerta del garaje, encendiendo un cigarrillo. Lo estuvo contemplando unos segundos, inmóvil. Debía ser un hombre extraño. Y muy tímido, porque no era normal que ella hubiese estado allí y él no le hubiese dicho nada, o se hubiese ofrecido por si

podía ayudarla. Lo cierto era que ella no le había visto ni oído. ¿Quería decir eso que Theodor se había escondido al verla entrar en el garaje?

Encogió de nuevo los hombros, volviéndose, y se dirigió a la blanca escalinata que llevaba al primer piso, donde estaban los dormitorios. Tuvo que pasar por delante del salón grande, y, sin saber por qué, con toda naturalidad, fue hacia la puerta, y la abrió para echar un vistazo al interior donde, por supuesto, no debía haber nadie en aquellos momentos...

Había por lo menos quince o dieciséis hombres.

Sentados en sillones, sofás, sobre la gran alfombra, o de pie cerca de la puerta-ventana que se abría al jardín... Todos se volvieron a la vez cuando la puerta se abrió, y se quedaron mirándola.

—Perdón —tartamudeó Lucille—. Perdón, no..., no sabía que...

No dijo nada más.

Los hombres seguían mirándola, en silencio. En un silencio denso, extraño, desagradable, casi espeluznante. La miraban, y eso era todo. La miraban fijamente. Lucille pensó que era una mirada que podía durar años y años y años... Tuvo la sensación de que si no se movía y permanecía allí delante durante siglos enteros, aquellos hombres no variarían de actitud. Seguirían mirándola, silenciosos e inmóviles como estatuas.

De pronto, Lucille cerró la puerta y se lanzó corriendo escaleras arriba. Llegó a su habitación, entró, cerró la puerta, y se apoyó de espaldas en la madera jadeando, muy abiertos los ojos.

“Son horribles —pensó—, ¡Son horribles!"

Y este pensamiento la sorprendió de verdad. ¿Horribles? Aquello no era cierto. Al menos, en cuanto a su aspecto físico se refería. Eran hombres normales y corrientes. Había visto hombres altos, hombres bajos, hombres delgados, gruesos, rubios, morenos, algunos un poco calvos, otros, mucho... Una reunión de hombres normales y corrientes. Ese tipo de hombres con el que diariamente se cruzaba en la calle a cientos, a miles.’

Pero entonces..., ¿qué era lo que le parecía horrible? ¿Qué le había parecido horrible de ellos?

Dejó el maletín sobre la cama, y entró en el cuarto de baño. Se mojó las manos, y las pasó por la frente y las mejillas, y por la nuca, porque se notaba ardiendo, sofocada, y, al mismo tiempo, tenía frío. Y miedo. La revelación la hizo erguirse, respingando.

Tenía un miedo horrible.

Cerró los ojos, y se quedó inmóvil delante del espejo, notando el frío del agua en la nuca, en las manos, en la frente y las mejillas... y otro frío, más profundo, en todo el cuerpo... ¡Claro que tenía miedo! ¿Acaso no había matado a un hombre?

Fue como si hasta entonces, hasta aquel momento, no se diese cuenta de lo que había hecho la noche anterior en el motel. Pero ahora, todo le parecía más real, más auténtico. En su mente apareció la imagen de Ernest Maxwell, mirándola estupefacto, y en seguida horrorizado, cuando ella le clavaba por

primera vez el cuchillo de cocina. Luego, en la siguiente imagen, volvía a apuñalarlo. Y otra vez, y otra... Después veía sus ojos, tan abiertos, desorbitados, aterrados. Y la sangre en sus manos. El agua caía sobre ellas, y se tornaba de un color rosado intenso, y se iba por el desagüe, con aquel sonido de succión...

Cuando, de pronto, salió de su estado de inmersión mental, se encontró frotándose las manos contra el vestido, Como si todavía las tuviera llenas de sangre y quisiera limpiárselas. Había abierto los ojos, y se estaba viendo en el espejo, palidísima... Tan pálida como si estuviese ella muerta también.

“He matado a un hombre”, pensó.

Se miró las manos, y le pareció que las tenía manchadas de sangre.

Entonces decidió que, efectivamente, sería mejor que se bañase antes de bajar a cenar.

# CAPITULO III

Poco después de las siete, estaba lista para la cena. Se había bañado largamente, restregando de modo especial sus manos con la esponja, con lo que había conseguido enrojecerlas de tal modo que aún le pareció más real la presencia de sangre en ellas. Al darse cuenta de esto, dejó de lavárselas. Y su última decisión había sido no mirárselas.

Así no vería la sangre.

Seguía aquel silencio. Aquel silencio denso, propio de una casa vacía y sita en el más impenetrable lugar del mundo. Pero, el sol empezaba a ponerse, y como ella sabía que precisamente a aquella hora los pájaros comenzaban a recogerse en las ramas de los árboles para pasar la noche, quiso presenciar esto, oír sus trinos...

Los había visto muchas veces durante sus visitas a la mansión de tía Caroline. Llegaban al atardecer, y se distribuían en los árboles del jardín, organizando una tremenda y simpática algarabía, saltando de una rama a otra hasta encontrar la que les gustaba.

Sonriendo, abrió la ventana-puerta que daba a !a terraza de su dormitorio, y salió. Tenía algunos árboles casi al alcance de su mano.

Pero, ni un solo pájaro.

Ni un solo sonido.

Sintiéndose sumergida en un silencio de tumba, permaneció algunos minutos allí, esperando en vano la llegada de algunos pajarillos. Ninguno llegó. Nada turbó el silencio de tumba.

De pronto, captó algo que se movía, bajo ella, a su derecha, en el jardín. Miró hacia allí, y se quedó atónita, viendo al grupo de hombres que antes había encontrado en el salón grande... No hacían ningún ruido. Solamente, caminaban en grupo hacia el garaje, en grupo curioso: en el centro estaba la mayoría, y formando un rombo alrededor, caminaban cuatro, uno delante, uno detrás, y uno a cada lado del grupo. Le dio la im-presión de un rebaño custodiado por perros.

Parecía imposible que tantos hombres juntos no hiciesen el menor ruido. No hablaban siquiera. Como si no fuesen seres corpóreos como si flotasen en lugar de caminar.

Los estuvo mirando hasta que todos entraron en el garaje. Sólo entonces notó una corriente de frío en la espalda que la estremeció fuertemente. Pero, por fortuna, debían ir al garaje para subir a los coches y marcharse; seguramente, irían a cenar fuera, y por eso tía Caroline no había contado con ellos para la cena. Sí, eso debía ser, claro.

Pero cinco minutos más tarde, nadie había salido del garaje. Ni había llegado ningún pájaro. Ni se oía absolutamente nada.

Desasosegada, Lucille regresó al dormitorio, cerrando la puerta-ventana rápidamente. Miró su relojito, y se dijo que ya debía bajar. No estaba bien

llegar a mesa puesta. Lo correcto era charlar antes unos minutos con tía Caroline, y además esto era lo que hacían siempre.

Bajó a la planta, y fue directa al saloncito privado de su tía. Ni se le ocurrió que debía llamar. Simplemente, empujó la puerta y cerró, intentando conseguir una sonrisa normal, abriendo ya la boca para un saludo, para un comentario...

Tía Caroline no estaba allí.

"Quizá esté en el salón grande, con el doctor Franklin y algunos invitados que deben cenar en casa", pensó.

Salió del saloncito, cerró la puerta, y cruzó el gran vestíbulo, hacia el salón grande. Cuando se detuvo ante la puerta de éste, sus pasos dejaron de resonar, y el silencio fue entonces aún más notable. Hasta le pareció que en el vestíbulo un eco recogía sus pasos, los reproducía, durante unos segundos.

—Tonterías...

Entró en el salón, dejando la puerta abierta, mirando a todos lados. Desde luego, tía Carolina tampoco estaba allí. Ni el doctor Franklin, ni ningún invitado... No había nadie.

Pensó que tía Caroline quizá estaba en la cocina, dando instrucciones a Tomaso, y se volvió dispuesta a ir hacia allí. Pero se detuvo en seco. ¿Qué le importaba a ella la cocina, y menos, aún el tal Tomaso? Si hubiera estado Mary Jane, ya habría ido a saludarla y seguramente se habría quedado charlando con ella unos minutos. Conocía a Mary Jane desde hacía años; desde niña. Mary Jane siempre había sido muy cariñosa con ella. Y Betty también. Pero no conocía a Tomaso, ni a la tal Ruth..., y la verdad era que no sentía el menor interés por conocer a estos personajes.

Así que decidió esperar allí, en el salón grande. Ocupó un sillón, vio cigarrillos en una mesita redonda, y encendió une. . Ya eran cerca de las siete y media, de modo que tía Caroline y el doctor Franklin «o podían tardar. Desde allí, y puesto que había dejado abierta la puerta, veía la del saloncito de tía Caroline. Seguramente, ésta iría allí cuando terminase de dar instrucciones en la cocina, y podría verla.

O quizá estaba arriba, en su dormitorio. Pero ella no había oído nada, ni la había visto. Bueno, en definitiva, la casa era tan grande que cualquiera sabría dónde podía estar tía Caroline en un momento determinado. Y, a fin de cuentas, ¿qué importaba dónde estuviese?

Había matado a un hombre.

¿O lo había soñado?

¿O quizá... todo, todo aquello era un extraño sueño? La muerte de Ernest, la existencia del espeluznante doctor Franklin, la ausencia de pájaros, aquel silencio, aquellos hombres... A lo mejor, de un momento a otro despertaba...

Estaba mirando sin darse cuenta la puerta del saloncito de tía Caroline, esperando verla aparecer por el vestíbulo. Y tía Caroline apareció..., pero no por el vestíbulo, procedente de la escalinata que llevaba al primer piso, sino... del saloncito. La puerta de éste se abrió, y apareció tía Caroline, seguida del

doctor Franklin, ambos mirando hacia la escalinata.

Lucille estaba atónita.

¿Cómo era posible que tía Caroline y el doctor Franklin saliesen del saloncito, si ella había mirado allí segundos antes..., y el saloncito estaba vacío?

Sin saber por qué, Lucille se cambió velozmente de sillón, ocupando uno que no podía verse desde la puerta del saloncito de su tía. Durante unos segundos, permaneció absorta, muy abiertos los ojos, sin comprender. Estaba segura de que había mirado bien, naturalmente. Además, el saloncito no era grande... Oh, vamos, era imposible que dos personas pudiesen pasar desapercibidas allí dentro...

El doctor Franklin apareció de pronto en la puerta, silenciosamente. Lucille respingó, y se quedó mirándolo, todavía con los ojos muy abiertos.

—Ah, está usted aquí —sonrió Franklin—. Su señora tía ha subido a buscarla al dormitorio.

Lucille reaccionó. Sonrió, y dio una chupada al cigarrillo.

—He bajado hace unos minutos nada más... Pensé que usted y mi tía estaban conversando, y no quise molestar.

Franklin alzó las blancas cejas, y fue a sentarse en un sillón, mirándola con gesto que él debía considerar amable.

—Supongo que no está hablando en serio, señorita Dexter. Tengo la impresión de que si alguien está molestando en esta casa, soy yo.

—Usted paga un alquiler, así que no molesta. Yo no pago nada.

Franklin volvió a alzar las cejas.

—¿Le ha dicho eso su tía? Bien... Le aseguro que prefiero ser considerado como un invitado, como un amigo, no como inquilino. Es usted muy bonita, señorita Dexter. Preciosa. Encantadora,

—Gracias. Y usted es muy amable.

—Soy sincero, solamente —rió Franklin—. Entiendo que piensa convertirse en una gran estrella cinematográfica, y me parece muy apropiado. Imagino que lo conseguirá en cuanto se lo proponga.

—¿Por qué imagina eso?

—Pues... no sé... Bueno, una joven de sus condiciones físicas parece que no ha de tener grandes dificultades, ¿verdad?

—No basta ser bonita para ser una gran estrella, doctor Franklin.

—Sí, claro. Hace falta talento. Pero en esto, como en otras muchas cosas, todo es relativo. Quiero decir que hay diferentes clases de talento.

—Creo que no le entiendo, doctor.

—Me refiero a que existe el llamado talento natural, y el talento... elaborado. La persona que tiene talento natural, no necesita indicaciones de nadie para hacer determinada cosa, pues sabe instintivamente cómo se debe hacer. En general, esta clase de personas son las mejores en su actividad. Pero hay también otras personas capaces de aprenderlo todo, y de hacerlo muy bien. No de un modo genial, pero sí bien, o muy bien. Por ejemplo, un pintor

con talento natural, hará verdaderas obras de arte geniales. Un pintor sin talento natural, también puede conseguir muy bellas obras, pero por medio de la técnica. No serán obras geniales, pero sí muy estimables. ¿Me explico bien?

—Creo que sí.

—Lo celebro. Por eso, yo pensaba que, con su belleza, y la..., técnica que pueda adquirir en cualquier academia de interpretación, usted tiene el triunfo asegurado.

—De veras que es usted muy amable... Y ojalá algún día tenga que darle la razón, doctor.

—Ya verá cómo será así. He conocido...

—Estás aquí —exclamó tía Caroline, entrando en el salón—. Pensé que aún estarías arreglándote.

—Dice que no quiso entrar en tu saloncito a molestarnos —sonrió Franklin.

—Qué barbaridad... Theodor, por favor —se volvió Caroline hacia el mayordomo, que llegaba tras ella—, sírvanos el aperitivo aquí mismo. Y ya puede servir la cena.

—Muy bien, señora.

Theodor se retiró, y Caroline fue a sentarse en el sofá, quedando así entre su sobrina y el doctor. Durante unos segundos, ninguno pareció saber qué decir.

De pronto, Lucille dijo:

—Vi antes a los amigos del doctor Franklin, tía Caroline.

Esta y Franklin la miraron con un gesto que a Lucille le pareció un tanto sobresaltado.

—¿Ah, sí? —musitó Caroline.

—Estaban en el salón... Son unas personas un tanto extrañas, ¿verdad?

Caroline Dexter se quedó sin saber qué decir realmente.

Pero Franklin sonrió con exquisita cortesía,

—Comprendo muy bien que le parecieran personas un tanto extrañas, señorita Dexter. Lo cierto es que son pacientes míos. No están muy bien, y... es lógico que estén un poco preocupados.

—Sí... Eso me parecieron. Bueno, más que preocupados, yo diría que estaban... No sé... Sombríos, o algo así.

—Por lo general —rió Franklin—, el humor de las personas enfermas no suele ser alegre.

—Claro. ¿Qué enfermedad tienen? A mí me parecieron hombres normales, sanos... No me parecieron enfermos, francamente. ¿Son enfermos mentales, quizá?

—Algo así —admitió Franklin—. Son personas que requieren cuidados especiales.

—Oh, por favor —interrumpió Caroline—, no hablemos de eso, Franklin.

—Tienes razón —admitió el hombre con cara de rata y de mono viejo—.

Siempre hay temas muy agradables para conversar. Por ejemplo, estábamos hablando tu sobrina y yo de su proyectada carrera artística. En mi opinión...

* * *

Imposible.

Completamente imposible dormir.

¿Qué hora debía ser? Por lo menos, las tres de la madrugada... Y no había conseguido dormir ni siquiera un segundo. Debía ser por lo de Ernest, por la visión de sus manos manchadas de sangre. Pero... eso no le había ocurrido la noche anterior. Mientras viajaba hacia la mansión de tía Caroline, había sentido sueño, y, sencillamente, se había dormido en el coche tras estacionarlo en un lado de la carretera. Había dormido profundamente.

Y en cambio, allí, en aquella confortable cama, en un lugar seguro, no conseguía dormir.

No debía ser por lo de Ernest, entonces, sino por algo que estaba allí, en la casa de tía Caroline. Algo extraño. En realidad, todo era extraño. Como irreal.

Igual que lo de aquellos hombres, y lo de tía Caroline y el doctor Franklin. Los hombres habían desaparecido en el garaje, cosa en verdad sorprendente. Pero más sorprendente aún resultaba que tía Caroline y el doctor Franklin hubiesen salido de un saloncito en el cual no estaban cuando ella había mirado segundos antes.

Se encontró sentada en el borde de la cama, de pronto. Sin vacilar, se puso las zapatillas, y salió del dormitorio. Por supuesto, el silencio era absoluto en la casa. Y también la oscuridad. Excepto que abajo, en el vestíbulo, entraba la luz de la luna y las estrellas por las dos grandes ventanas frontales. Formaban dos rectángulos azulados, desde los cuales se esparcía una lívida claridad alrededor, suficiente para poder caminar sin el menor tropiezo.

Silenciosamente, descendió por la amplia escalinata blanca, con la impresión de estar caminando sobre una nube dura y fría. Al llegar abajo, se detuvo, porque estaba oyendo algo... Tardó unos segundos en comprender que lo que oía era su propio corazón latiendo con desacompasada velocidad. Respiró profundamente, despacio, varias veces, y se fue tranquilizando. Entonces, llegó de nuevo el silencio. Ese silencio total que permite que nuestros oídos capten exclusivamente el rumor de nuestra vida, de nuestros órganos, de nuestra sangre, ese sorprendente zumbido interior, como el de una máquina cuyo motor emite un zumbido que no se puede percibir más allá de la propia máquina.

Volvió a aspirar hondo, y fue hacia el saloncito de tía Caroline. Entró, cerró la puerta, y encendió la luz.

Se quedó mirando a todos lados, despacio, pensativa. Si ellos habían salido de allí, era que “estaban” allí. Pero... ¿dónde? Muy pronto se reafirmó en su convencimiento de que si ellos hubiesen estado allí cuando ella entró, los habría visto. Quizá uno solo hubiese pasado desapercibido, como por la tarde

el doctor Franklin, sentado en el sillón cuyo respaldo estaba vuelto hacia la puerta. Pero sólo había un sillón en aquellas condiciones, y en el resto del salón era imposible ocultarse. Eso aparte de que tía Caroline y el doctor Franklin no tenían por qué estar buscando' un escondrijo allá, puesto que ni siquiera la esperaban..., ¿o sí?

¿Se habían escondido? ¿Con qué objeto, entonces? Y sobre todo..., ¿dónde?

Conocía muy bien la mansión y así que muy pronto desechó las paredes como posible acceso trucado del saloncito. Por el techo, imposible; le parecía no sólo esto, sino absurdo, ridículo... Sólo quedaba el suelo. ¿Qué había debajo del suelo? La casa tenía una grandiosa bodega, naturalmente, a la cual se bajaba desde la cocina. Mentalmente, Lucille se situó en la cocina, y bajó a la bodega, cosa que había hecho muchas veces en la realidad. De modo que podía hacerlo ahora con la imaginación. Bajó el tramo de escalones de piedra, llegó a la bodega... Su forma y tamaño quedaron muy bien definidos. Y no. La bodega no llegaba hasta debajo del saloncito de tía Caroline.

—Estoy pensando tonterías —reflexionó.

Pero se quedó mirando la alfombra. La alzó por una esquina, luego, por otra, y por otra... Sabía que deliberadamente estaba dejando para el último lugar la esquina que con más facilidad podía levantarse, sin desplazar muebles, ni pedestales, ni lámparas...

Cuando la alzó, por fin, casi estuvo a punto de lanzar un fuerte suspiro de alivio al no ver nada. Pero, esta sensación de alivio duró apenas un par de segundos, porque luego vio las ranuras en el piso de parqué. Las fue siguiendo, hasta diferenciar con toda claridad el cuadrado que formaban, aproximadamente de un metro.

¿Podría ser que tía Caroline hubiese hecho allí una comunicación con la bodega, incluso excavando un corto túnel? Podía ser una idea práctica, desde luego; si quería bajar a la bodega, no tenía necesidad de ir a la cocina: abría aquella trampilla, y...

—Es absurdo... ¿Para qué puede querer tía Caroline una cosa así? Sólo tiene que llamar a Ste..., a Theodor, y pedirle lo que quiera.

Estaba tocando los bordes de aquel cuadrado delimitado en el piso de madera cuando, de pronto, oyó un suave chasquido, y la parte bien definida comenzó a alzarse por un lado, igual que la tapa de un libro. Todavía no estaba completamente alzada, cuando se encendió una luz, abajo. Y cuando la tapa quedó completamente vertical, ya hacía segundos que Lucille estaba contemplando el tramo de escalones de madera alfombrada que descendía.

"¿Qué necesidad tiene tía Caroline de tener este acceso a la bodega?", pensó.

Vaciló, pero muy poco. Con una extraña sensación de frío quizá debido a la liviandad de su camiseta de dormir, emprendió el descenso. Al terminar el tramo de escalones, había un pasillo, que también se había iluminado. Lo recorrió, y, en efecto, en pocos segundos llegó a la bodega, cuyas luces se

habían encendido también.

Se habría vuelto a. la cama sin más complicaciones, si no hubiese reparado en la extraña posición de una de las estanterías del fondo de la bodega. Extraña posición, puesto que, en lugar de estar arrimada a la pared, formaba un ángulo agudo con ésta. Nunca había estado así..., ni tenía por qué estarlo. Lo normal y lógico era que estuviese pegada a la pared.

Miró detrás de la estantería, y respingó al ver el hueco oscuro, como la entrada a una galería. Allá no había luz. Parecía una galería de mina, estrecha, tenebrosa ..

Bruscamente, Lucille Dexter sintió como un pinchazo de- gélido frío que hubiese abarcado todo su cuerpo, sus cabellos se erizaron, su piel se movió en un estremecimiento de espanto..., pero ella fue incapaz de moverse. No, no debía haber oído bien...

Sin embargo, muy pronto aquel quejido se repitió. Era como... un gemido, un quejido, un sonido de dolor, de desamparo, de miedo, de angustia, de furia, de odio...

Y llegaba del fondo de aquella oscura galería.

Con la piel tirante como si un auténtico frío la hubiese encogido, Lucille dio media vuelta, y echó a correr hacia el otro pasillo, el iluminado, el que la llevaría luego por medio de los escalones al saloncito de tía Caroline... Y estuvo a punto de lanzar un grito al no ver tal pasillo iluminado; es decir, la puerta que ella había empujado para entrar a la bodega... ¡No estaba la puerta, no había puerta alguna!

Con los ojos desorbitados miró alrededor, en busca de la puerta. Tenía que estar, sólo que ella se había desorientado. ¡La puerta tenía que estar allí!

Por detrás de ella, procedente del oscuro pasadizo entreabierto, comenzó a llegar lo que le pareció un coro de quejas, de llantos de dolor, de miedo, de angustia, de odio... Ya no era sólo un ser quien se quejaba, sino varios, muchos, muchos, muchos

Estremecida por un violento temblor, Lucille se lanzó contra las estanterías que ocupaban el lugar donde ella sabía que tenía que estar la puerta... Y su instinto fue certero. Igual que ocurría con la estantería que conducía a la galería, una de las que atrajo cedió, se abrió corno una puerta, y pudo ver el pasillo iluminado. Se lanzó por él a todo correr, llegó a los escalones alfombrados, y los subió velocísimamente, llevando tras ella aquel coro de gemidos, y, ahora, además, unas voces normales airadas...

Apareció en el saloncito, corrió hacia la puerta, salió como disparada hacia la blanca escalinata, y la subió como si la estuviese persiguiendo la mismísima muerte. Llegó a su habitación, cerró la puerta, y se quedó apoyada en ella, temblando, notando aquel profundísimo helor en todo el cuerpo. Jadeaba fuertemente, y oía su corazón, golpeando con una fuerza tremenda en el pecho, como si quisiera abrirse camino y escapar.

Reaccionando, corrió hacia la cama, alzó la sábana, y se tendió, cubriéndose inmediatamente la cabeza y notando, al mismo tiempo, una cosa

fría y húmeda en la espalda, muy cerca de la nuca. Conteniendo difícilmente un grito de espanto, brincó en la cama, quedando de rodillas en el centro de ésta, tendiendo las manos hacia aquella cosa fría y húmeda... Era una cosa blanda... como de goma, o algo parecido...

Alargó un brazo, encendió la luz de la mesita de noche, y miró de nuevo hacia aquella cosa.

Era de color oscuro.

Como marrón, o granate, quizá ligeramente rojo... O quizá de color morado intenso... Y más grande que sus dos puños juntos. Por los lados salían lo que parecían dos tubos aplastados...

Lucille Dexter supo súbitamente lo que era aquello.

Un corazón.

Y al mismo tiempo que lo comprendía, que lo "sabía", una mano se posó en su hombro izquierdo.

—¡Ah !

Su enloquecido grito rompió brutalmente el silencio de la mansión de tía Caroline, mientras se volvía para mirar aquella mano, que la estaba sacudiendo fuertemente por el hombro. Una voz le decía algo, le gritaba, pero ella gritaba aún más y más fuerte, y sus ojos se iban proyectando más y más en las cuencas, y contemplando a aquel hombre al que le faltaba uno, el derecho, dejando visible el pavoroso hueco... El hombre también gritaba, mientras a tirones le arrancaba la camisita de dormir, babeando, rugiendo...

—¡Ah...! ¡Ah...! —seguía gritando la enloquecida Lucille.

De pronto, la puerta del dormitorio se abrió, y apareció tía Caroline. Captó la escena un instante, y lanzó un grito:

—¡Franklin, aquí, arriba,..!

El espeluznante hombre tuerto soltó a Lucille, y se abalanzó contra Caroline, sin dejar de gritar, alzando sus manos. Caroline intentó salir del dormitorio, pero las manos del hombre cayeron sobre ella, la tiraron dentro con poderosa tracción; la camisa de dormir de tía Caroline quedó rasgada en las manos del hombre, y ella rodó por el suelo, completamente desnuda, gritando también, aterrorizada al ver al tuerto abalanzarse hacía ella, lanzando espumarajos y gritos.

Estaban gritando los tres, a cual más enloquecido, cuando en el dormitorio entraron como disparados tres hombres, a los cuales siguió jadeante el doctor Franklin, chillando:

—¡Matadlo, matadlo, matadlo...!

El tuerto se había vuelto hacia ellos olvidando inmediatamente a Caroline. Alzó los brazos en gesto implorante, pero uno de los tres recién llegados precediendo a Franklin, sacó una pistola, le apuntó a la cabeza, y apretó el gatillo.

"Plop", chascó el silencioso disparo.

La cabeza del tuerto estalló, mientras el cuerpo salía violentamente despedido hacia atrás. Los otros dos hombres estaban ayudando a Caroline a

ponerse en pie, mientras

Franklin corría hacia Lucille, cuya capacidad de gritar era absolutamente fabulosa, y pareció aumentar al ver el rostro que parecía una máscara de goma imitando a un mono viejo y a una rata ante ella, moviéndose aquella boca de gruesos labios abultados, saltones los ojos que parecían dos manchas de tinta...

—¡Aaaaaaaahhhhhh!

El hombre de la pistola saltó hacia Lucille, se pasó la pistola a la mano izquierda, y con la derecha, propinó a la muchacha un fuerte puñetazo en la barbilla.

Los ojos de Lucillo Dexter quedaron en blanco mientras se desplomaba de lado sobre la cama y una de sus manos caía exactamente encima del corazón que había encontrado en ella.

## CAPITULO IV

Abrió los ojos y se quedó mirando al techo.

Inmediatamente, las imágenes acudieron a su mente, y se estremeció, sus ojos se desorbitaron... Lanzó un grito y quiso incorporarse, pero algo la sujetó por el hombre, impidiéndoselo, reteniéndola contra la cama.

—Tranquilízate —oyó la voz de su tía Caroline—. No pasa nada, querida. Todo está bien.

Volvió la cabeza vivamente, y la vio. Tía Caroline estaba sentada junto a la cama, y se había incorporado un poco para ponerse una mano en el hombro. La miraba cariñosamente, y, por un instante, Lucille pensó que nada había ocurrido realmente, que había sido una atroz pesadilla. . Sólo por un instante, porque inmediatamente dijo:

—Quiero marcharme.

—Ya hablaremos de eso en otro momento, querida. Por ahora tienes que permanecer descansando.

—¡No quiero descansar! ¡Quiero...!

—Marcharse —sonó la voz de Franklin—, Ya la hemos oído, señorita Dexter, Pero temo que no es posible complacerla.

Lucille había vuelto velozmente la cabeza hacia el otro lado. Allá estaba el doctor Franklin, de pie, mirándola fijamente. Había en su mixto rostro repugnante una sonrisa que, seguramente, quería ser amable, pero Lucille lo recordó de pronto como durante la noche, enrojecido, crispado, saltones los ojos... y gritando “¡Matadlo, matadlo, matadlo!”

—Sea razonable —se adelantó Franklin a cualquier expresión suya—. Anoche tuvo un shock tremendo, Lucy. Usted no se ha dado cuenta, pero cuando se recuperó, tuve que administrarle un sedante. No está en condiciones de viajar, se lo aseguro. Por su bien.

Lucille volvió a mirar hacia el techo, y durante más de un minuto permaneció así, inmóvil, histérica.

De pronto, dijo:

—Yo lo maté... Esto debe ser un castigo, pesadillas...

—Vamos, vamos, querida —rió tía Caroline—. Tienes que olvidarlo todo. Además, no lo mataste tú, sino Herbert. Había que hacerlo, porque se había vuelto loco...

—No sé quién es Herbert. Pero sí sé que yo lo maté. Yo maté a Ernest.

Caroline y Franklin cambiaron una mirada de desconcierto

—¿Quién es Ernest? —musitó Caroline.

—Un canalla... Me engañó miserablemente, se estuvo burlando de mí, me escarneció... No me habría importado entregarme a él porque sí, pero él me trató como... como a una bestia estúpida, me humilló... Y se reía, y silbaba en el baño. ¡No pude contenerme, tenía que matarlo, tenía que hacerlo...! ¡Y lo hice!

Caroline Dexter miró al doctor Franklin.

—Creo que sería conveniente que le administrases otra dosis de calmante, Franklin.

—No, no... Ella está bien ahora, ¿no te das cuenta? Está hablando de algo real, Caroline. ¿Verdad, Lucy?

—Sí —musitó la muchacha súbitamente apática, indiferente—. Fue algo real, desde luego. El se reía, porque se había divertido conmigo, engañándome. Seguramente, lo ha hecho antes muchas veces... Lo pensé, y comprendí que no podía hacer otra cosa que resignarme. Pero entonces, él se puso a silbar. ¡Se puso a silbar! Era como.,., como si yo fuese tan sólo un..., un animalito o un objeto que se disponía a tirar. Acababa de estar conmigo, me había dicho que ya no quería saber nada más..., y mientras se duchaba, me olvidó, se puso a silbar. ¡No pude soportarlo, no pude!

—¿Y qué hizo entonces?

Los ojos de Lucille se desviaron de nuevo hacia Franklin.

—Fui a la cocina de la cabaña tomé el cuchillo más grande de todos, y entré en el cuarto de baño. Me puse en la bañera con él, y lo maté. Le di muchas cuchilladas... Mire: ¿ve mis manos? ¿No ve la sangre en ellas? Hay mucha sangre en mis manos...

Las había alzado, y Franklin y Caroline las miraron, por supuesto. Y por supuesto también que no había ni rastro de sangre en las manos de Lucille. Los dos volvieron a cambiar una mirada, y Franklin acabó por sonreír.

—Sí, Lucy, la vemos... Hizo usted muy bien en matarlo.

—¿De veras? ¿De veras lo cree así, doctor Franklin?

—Naturalmente.

—Ah... Entonces, ¿puedo marcharme?

—Será mejor que esperemos a mañana —sugirió con gran amabilidad Franklin—. O quizá unos días más, porque si la están buscando, creo preferible que permanezca aquí escondida

—Oh, no —rió Lucille—. ¡Estoy segura de que no me están buscando! ¿Y sabe por qué?

—¿Por qué?

—Porque cuando nos inscribimos en el motel, yo utilicé el nombre de Lucy Lane... Suena bien: Lucy Lane... Es el nombre que pienso adoptar para el cine.

—Es muy bonito. Pero de todos modos, aunque no la estén buscando, es mejor que permanezca aquí unos cuantos días... Cuantos más, mejor.

—Bueno —dijo Lucille—. Está bien, me quedaré. Tengo mucho sueño.

—Pues duerma.

—Sí...

Lucille cerró los ojos y, a los pocos segundos, Caroline miró asombrada a Franklin.

—Se ha dormido realmente —musitó.

—Está agotada. Todo esto ha sido demasiado para ella... No puedo

predecir las consecuencias, pero te aseguro que no nos conviene de ninguna manera dejarla marchar.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —Se inquietó Caroline—. Yo no quiero que a Lucy le ocurra nada malo, Franklin, tú lo sabes.

—Buscaremos una solución. Pero la única de que disponemos ahora, es retenerla. ¿No lo has comprendido, Caroline? Su razón está fallando. Es muy posible que ese fallo se pusiera en marcha en cuanto mató a ese Ernest, y lo de esta noche ha sido definitivo.

--¿Crees que ha matado a un hombre, de verdad?

—Sin la menor duda. Y eso provocó en ella el desquiciamiento inicial de su mente. No comprendo cómo ayer no me di cuenta de que algo le ocurría.

—Quizá porque no es cierto.

—No, no, no... Es cierto, te lo garantizo. Es una chica fuerte, sana, de sólida mente pero... hay cosas que no son fáciles de admitir ni siquiera en uno mismo. Seguramente si no hubiese sucedido lo de esta noche, ella se habría marchado de aquí con este estado de desquiciamiento latente, y en cualquier momento, en cualquier lugar, habría hecho lo que ha hecho ante nosotros, ponerse a hablar del hombre que mató. Puedes quedar convencida de que todo es cierto... Y esto nos va a complicar la vida a nosotros... ¿Sabes qué ocurrió anoche entre los pacientes?

—No...

—El que subió se había acostado como los demás. Dormía. De pronto se despertó, y despertó a otro paciente. Le dijo que la muchacha era muy hermosa, y que iba a hacerle un obsequio... para caerle bien. Se levantó, salió del dormitorio subterráneo, y golpeó por sorpresa a Carlos en la cabeza. Carlos despertó poco después, y dio la voz de alarma, despertó a Herbert, Jack y Lyman, y todos salieron detrás del paciente .. Es decir, Carlos se quedó vigilando a los demás pacientes, y los otros tres salieron por la puerta que da a la cocina, porque la vieron abierta. Salieron de la casa, y comenzaron a buscar al paciente por el jardín. Pero el paciente había subido a los dormitorios, y localizó el de tu sobrina. Había robado un corazón, y eso era lo que quería obsequiarle. Como no la encontró...

—¿Cómo sabes eso?

—Encontramos luego abierta la trampilla de tu saloncito. Ni yo, ni Herbert, ni ninguno de los otros, la habíamos utilizado, así que tuvo que ser Lucy.

—Oh, no.

—Me temo que sí. Por eso, el paciente, al no encontrarla la esperó en el dormitorio, mientras los demás le buscaban por el jardín. Ella llegó entonces de abajo.

—Con eso no contaba yo... ¿Crees que pudo ver algo?

—No lo sé. Tú tendrás que enterarte de eso, Caroline.

—Sí... sí, lo haré. Se lo preguntaré a Lucy.

—Ten mucho tacto, porque no podemos predecir lo que la chica hará en un

momento determinado. Quiero que entiendas que es un peligro para nosotros en esta casa. Ya perturbó a uno de los pacientes..., y quizá le sigan en la idea de enamorarla, o algo parecido. Por otro lado, si vio algo abajo, no podemos dejarla marchar de ninguna manera. Y finalmente, aunque no hubiese visto nada en el subterráneo, tampoco podemos dejarla marchar, porque lejos de aquí, en cualquier momento, se pondría a hablar de lo que ella hizo con el tal Ernest, y de que anoche matamos aquí a un hombre que le había llevado un corazón humano. Es una gravísima complicación, Caroline, porque perderíamos este aislamiento tan conveniente de que ahora disfrutamos... Se podría echar todo a perder. Francamente, no sé qué podemos hacer con tu sobrina.

—Franklin, no... no estarás pensando en... en matarla... A ella no, Franklin...

—No he dicho tal cosa.

—Pero... Yo la quiero realmente, Franklin. Siempre fue una niña cariñosa, me ha alegrado muchos momentos de mi vida... ¡No quiero que le ocurra nada!

—Sabes muy bien que pondré de mi parte todo lo que sea necesario en ese sentido. Pero ya te digo que no debes preocuparte por mí, sino por ella; nunca podrás saber lo que pretende hacer en determinado momento.

Es como tener una bomba que puede explotar en cualquier momento.

—Es sólo una muchacha... Tus hombres pueden controlarla con facilidad. Y yo misma. Puedo cuidar de ella, Franklin. No habrá problemas.

—El mayor de todos, sería que ella consiguiera marcharse, no lo olvides. Si lo hiciera, y le diese por contar sus... historias, la policía caería sobre nosotros inmediatamente. Y ya me dirás qué clase de explicaciones podríamos darles. Hasta ahora, desde que nos asociamos todo ha ido muy bien... Y yo no quiero tener que marcharme de este sitio, Caroline.

—Yo cuidaré de Lucy... Se quedará aquí y te garantizo que nada ocurrirá.

—Está bien... Quedas responsable de ella. Yo voy abajo, a trabajar un poco. Avísame si ocurriese algo, ¿de acuerdo?

—Sí, sí... De acuerdo, Franklin.

Este abandonó el dormitorio, y Caroline se quedó mirando preocupada a Lucille durante unos segundos. Luego, la destapó, vio su camiseta destrozada, apenas unos jirones de ropa, y frunció el ceño. Se puso en pie, encontró pronto el maletín de su sobrina y de él sacó otra camisita, aún más atrevida, de color 'rojo. Al parecer el tal Ernest sabía ambientar bien sus momentos de diversión.

Caroline Dexter se las arregló para desprender a Lucille de la desgarrada camisita, y le puso la de color rojo. La volvió a tapar, se sentó de nuevo, y se quedó mirándola.

“Verdaderamente —pensó—, es toda una complicación, pero no voy a consentir que a ella le ocurra nada malo...”

* * *

Hacia el mediodía, Lucille abrió los ojos, que quedaron inmediatamente fijos en el techo.

Y también, inmediatamente, dijo volviendo la cabeza hacia Caroline:

—Quiero marcharme.

—Sí, querida, pero no ahora.

—Quiero marcharme ahora... Me da miedo el doctor Franklin.

—No debes tenerle miedo. Es una buena persona, Lucy, te lo aseguro... Yo le debo la vida.

—¿Por qué?

—Me operó cuando parecía que sólo podía vivir unas semanas, y de eso hace ya varios meses. De no ser por él ya habría muerto.

—¿De qué te operó?

—De los riñones. Me los cambió.

—¿Te los cambió?

—Sí, querida. Vino una tarde a verme... Yo no le conocía, pero él sí tenía informes sobre mí, y sobre mi enfermedad. Me dijo que podía curarme si llegábamos a un acuerdo. Me curaría y me daría dinero si yo le permitía ocupar la casa, con algunos amigos suyos. Yo estaba muy enferma, sabía que iba a morir pronto, y ni siquiera tenía ya dinero, como te dije ayer... ¿Qué podía perder, si estaba ya prácticamente muerta? Así que- acepté, él me operó aquí mismo después de prepararlo todo, de traer muchos aparatos... Al principio, tuve miedo yo también, porque pensé que podía matarme en vez de curarme, y quedarse con la casa. Pero eso no era posible, y él mismo me lo hizo comprender: sólo podría estar tranquilo aquí mientras la propietaria estuviese con vida, de modo que nadie pudiese venir a hacer preguntas de ninguna clase. Por eso, sé que él quiere que yo viva mucho tiempo, para poder proseguir sus trabajos sin que nadie le moleste, ni sepa siquiera que existe, que está aquí.. No debes temer nada del doctor Franklin.

Lucille volvió a mirar al techo, permaneciendo así casi dos minutos.

Luego, miró de nuevo a su tía, y dijo:

—Quiero marcharme.

—No es posible ahora, Lucy. Vamos, tranquilízate y... ¡No te levantes! ¡Lucy, debes...!

Pero Lucille no hizo el menor caso a su tía. Saltó ágilmente de la cama, y comenzó a caminar hacia la puerta del dormitorio tras apartar a Caroline con una fuerza sorprendente.

—¡Lucy, vuelve a la cama! ¡Si intentas marcharte...!

Caroline había sujetado a Lucille por un brazo en tanto le gritaba, pero la muchacha se revolvía ferozmente contra ella, y le dio un empujón que la hizo rodar por el suelo... Y todavía estaba Caroline rodando cuando ya Lucille había salido del dormitorio. Caroline se levantó prestamente, y salió al pasillo del primer piso, gritando:

—¡Theodor, no la deje salir! ¡Detenga a mi sobrina!

Theodor apareció por el fondo del vestíbulo, en el principio del pasillo que llevaba a la cocina. Caroline bajaba rápidamente, y el mayordomo la miró desconcertada, sin comprender todavía, pues Lucy había salido corriendo de la casa antes de que él llegara a verla.

—¡Mi sobrina! —Señaló Caroline hacia la puerta—. ¡No la deje marchar, Theodor!

El mayordomo sí comprendió entonces perfectamente. Echó a correr, salió de la casa, y vio a la muchacha corriendo hacia las verjas..., mientras uno de los hombres del doctor Franklin, que se dedicaba a pasear por el jardín, la veía también, y la miraba como si no supiese qué hacer.

—¡Lyman! —Gritó Theodor—. ¡Que no escape!

Los dos corrían en pos de Lucille, con notable ventaja para Lyman, que estaba más cerca. Tan cerca, que en pocas zancadas alcanzó a Lucille, que corría hacia la salida poco menos que desnuda con aquella camisita roja. Lyman asió por un brazo, reteniéndola, pero ella dio tal tirón que los dos rodaron por el césped. Lucille intentó ponerse en pie para seguir corriendo, pero la agilidad y potencia de Lyman eran muy superiores a las de ella, de modo que no tuvo que hacer grandes esfuerzos para impedírselo, derribándola de nuevo, y colocándose encima, controlándola completamente, a pesar de los esfuerzos de Lucille, que gritaba como enloquecida.

Theodor llegó corriendo, mirando aterrado hacia las verjas. Era muy poco probable que pasase alguien por allí, pues la villa estaba alejada de la población no me nos de dos millas, pero las casualidades pueden producirse..

—¡Está como loca! —Gritó Lyman—. ¡Ayúdame!

Theodor se abalanzó también sobre Lucille, que pese a su inferior fuerza, se debatía furiosamente, soltando sus brazos, lanzando zarpazos a diestro y siniestro, gritando, aullando... Lyman pegó un tremendo puñetazo en la barbilla de Lucille, y, en el acto, ésta quedó desvanecida.

—Maldita sea —jadeó Theodor, llevándose una mano a la cara—. ¡Es una gata! Tú también tienes sangre en la cara, Lyman.

—No importa eso ahora. Vamos a llevarla abajo inmediatamente... ¡Por el garaje!

Theodor ayudó a Lyman a cargarse a Lucille en un hombro, mientras Caroline llegaba corriendo.

—Llévesela a la casa, Lyman —exclamó Caroline—. Y no volveré a...

—Creo que es mejor llevarla abajo, de momento, señora Dexter —refunfuñó Theodor.

—No, no. Prefiero...

—El doctor nos advirtió que esto podía suceder, aunque no tan pronto. Menos mal, que de todos modos Lyman subió a vigilar por el jardín, de no haberlo hecho, su sobrina habría conseguido llegar a la verja, y ahora estaría corriendo por la carretera, casi desnuda, ¡abajo con ella, Lyman!

—No, no —-gimió Caroline—. ¡No!

—Será mejor que hable usted con el doctor. Nosotros estamos obedeciendo sus órdenes.

La dejaron allí, como clavada en el suelo, mientras los dos corrían hacia el garaje. En un lado de éste, Theodor alzó una trampilla idéntica a la que Lucille había encontrado la noche anterior en el saloncito de su tía. También allí se encendió una luz, y quedaron visibles los peldaños de madera alfombrados. Los dos emprendieron el descenso. Theodor el último, accionando el mando que hacía cerrarse la trampilla.

Tras recorrer un largo pasillo de paredes simplemente de tierra, llegaron ante una solidísima puerta metálica. Lyman pulsó un botón, y la puerta se abrió. Entró rápidamente, y Theodor tras él, cerrándola asimismo. Había otro pasillo, también bastante largo, una vez recorrido el cual, desembocaron en un aposento circular, muy bien iluminado. También aquellas paredes eran de tierra, y se veían varias puertas de metal en ellas. Una de las puertas tenía encima una bombilla pintada de color rojo, y Lyman la señaló:

—No podemos molestarle ahora. Será mejor que vuelvas arriba, Theodor. Yo me quedaré con la chica, y le explicaré al doctor lo sucedido cuando termine de operar.

—De acuerdo.

Lyman descargó a Lucille en el suelo, asimismo de tierra. Al parecer, todo aquello era una gran cueva excavada sin buscarse más complicaciones. Lyman se pasó !a mano por los arañazos recibidos en ambas mejillas, refunfuñó algo, y encendió un cigarrillo, dispuesto a esperar.

El doctor Franklin no permitía que nadie le molestase cuando tenía encendida la luz roja del quirófano.

## CAPITULO V

—Es inútil, doctor —dijo Herbert—. Ha muerto.

Franklin estuvo unos segundos mirando la incisión efectuada en el cuerpo del paciente, en el cual había cesado, en efecto, toda señal de vida. Luego, alzó la mirada hacia Jack, que era esta vez el encargado de los aparatos indicadores. Jack asintió con la cabeza, y luego encogió los hombros.

El ceño de Franklin se frunció. Igual que Herbert, Jack y Carlos, llevaba la mascarilla propia de los cirujanos en funciones. Estaban en un quirófano magnífico provisto de todos los aparatos más modernos, y que, además, sus paredes sí habían sido revestidas de blanco mosaico. Era un lugar silencioso y absolutamente aséptico, cuya instalación en aquel lugar habría sorprendido a cualquiera. Había camillas metálicas, luces en profusión, vitrinas con toda clase de instrumental quirúrgico, modernos aparatos de control, cargas de oxígeno. De todo. En una de las paredes se había instalado una gran estantería múltiple, en la que se veían cientos de botellas, es decir, grandes tarros de boca grande, herméticamente tapados, conteniendo líquidos en los que flotaban cosas cuya identificación resultaba difícil para un profano.

Pero algunas eran bien fáciles de identificar. Por ejemplo, los ojos.

En varios de aquellos frascos se veían flotando globos oculares completos, por parejas. Redondos, mortecinos ojos humanos completos introducidos en aquel líquido casi transparente por completo...

—Está bien —aceptó por fin Franklin, disgustado—. No es ni mucho menos el primero que muere. Vamos a seguir con él, pero ahora para almacenamiento.

Ya sin grandes miramientos, el paciente comenzó a recibir veloces y certeros cortes del bisturí manejado por las grandes y habilísimas manos de Franklin. Jack había dejado de cuidarse del control de los aparatos para dedicarse a colocar sobre una camilla rodante algunos frascos que solamente contenían líquido. Empujó la camilla hasta colocarla cerca de Franklin, y entonces se dedicó a mirar, con gran interés, cómo el doctor extirpaba los globos oculares del recién fallecido paciente. En menos de cinco minutos, los dos ojos completos quedaron en la mano izquierda de Franklin, y Jack no necesitó indicación alguna; destapó el frasco y lo acercó a Franklin, que dejó caer en el líquido los dos globos oculares, diciendo:

—Habrá que avisar al doctor Corbett de que disponemos de otro par de ojos. Como siempre, el pago por adelantado.

—Sí, doctor —dijo Herbert.

Jack se había apresurado a tapar herméticamente de nuevo el frasco, y fue a llevarlo a una estantería, mientras Franklin comenzaba las incisiones en el tórax sin dejar de hablar.

—Afortunadamente, los ojos están salvando nuestra situación, por ahora. Es mercancía siempre válida, ya que los trasplantes en ese sentido no

representan problema alguno, por lo general. Si no fuese por lo que nos pagan algunos médicos sin escrúpulos financiados por clientes con menos escrúpulos todavía, ya habríamos tenido que abandonar el proyecto.. Pero mientras haya ciegos que tengan mucho dinero y pocos escrúpulos, tendremos todo lo que necesitemos... Es una lástima que los demás trasplantes no estén tan perfeccionados.

—Seríamos ya multimillonarios —rió Carlos.

—Sí —brillaron los ojos de Franklin—. Pero todo está avanzando mucho, Carlos. Dentro de muy poco, se eliminará el problema del rechazo orgánico, y entonces nos convertiremos en verdaderos multimillonarios... Ya veréis como antes de siete años, hacia el mil novecientos ochenta, todas las dificultades habrán sido solucionadas. Si no por mí, por otros médicos.

—Nos gustaría que fuese usted quien realizase esa técnica —murmuró Herbert.

—No es fácil. Se está consiguiendo en buena escala con los riñones, pero mi objetivo es el hígado y el corazón... Hoy día, un trasplante de riñón es cosa corriente. Pero el hígado y el corazón...

El corazón del paciente fue arrancado de la cavidad torácica por Franklin, que sostuvo el órgano con ambas manos enguantadas debidamente. Jack se apresuró a colocar bajo aquellas manos otro frasco, y el corazón se sumergió en el líquido. El frasco fue inmediatamente cerrado, y colocado también en la estantería por Jack, que regresó junto a Franklin.

—Algún día —decía éste—, yo u otro investigador con más fortuna hará que los trasplantes de cualquier órgano sean juegos de niños. Para entonces, tendremos cientos de corazones, hígados, riñones, tímpanos, estómagos y muchos órganos más para vender debidamente conservados en los frascos... Y mientras tanto, no hay más remedio que estudiar, estudiar, estudiar... Vamos a ver cómo está este hígado...

Herbert, Carlos y Jack miraban como alucinados el interior de aquel cuerpo humano que estaba siendo despojado de sus órganos vitales por las habilísimas manos del doctor Franklin.

—Está en perfectas condiciones, así que lo guardaremos también. Necesito toda clase de órganos, para hacer pruebas con nuestros cobayas humanos, mientras puedan resistirlas... Y cuando no puedan resistir más..., pues ya no necesitan ninguna clase de órganos, ¿verdad? Esto os demostrará, supongo, que la Ciencia tiene que saber aprovecharlo todo: primero, se buscan los "conejillos de Indias" para las pruebas, se les extirpan los riñones propios, y se les ponen los riñones de otro hombre... De este modo, tenemos dos pacientes para estudiar sobre el mismo tema: ambos trasplantes de riñones. A veces, muere uno y otro no. Muy bien. Al que ha muerto, como en esta ocasión, se le quitan los órganos que más pronto o más tarde podrán ser útiles a otras personas si son debidamente conservados en el líquido de mi invención; esos órganos vendidos dentro de diez o doce años, serán suficientes para convertirnos muy pronto en hombres riquísimos. Y si no, al

tiempo. En cuanto al que sobrevive con los riñones del otro, hay que estudiarlo. Estudiarlo, estudiarlo, estudiarlo... ¡Estudiarlo a fondo! ¿Por qué uno ha muerto al recibir riñones ajenos, y el otro sobrevive con los riñones del que ha muerto? ¿Quién tiene la culpa: el que ha muerto por no aceptar la intromisión orgánica, o el donante porque sus riñones no están en condiciones de ser trasplantados a nadie aunque, aparentemente, sean inobjetables? Para saber estas cosas, no hay más remedio que estudiar sin descanso. Y como, por desdicha, no hay nadie que esté dispuesto a sacrificarse por la Ciencia, pues... hay que recurrir a la fuerza. Y hablando de esto — Franklin alzó la cabeza hacia Herbert—: tendréis que salir pronto a buscarme otros dos hombres., Herbert, para sustituir a los que ya han muerto. No podemos permitir que el rebaño disminuya. Todo lo contrario, cada día necesito más ejemplares para poder trabajar.

—Nos ocuparemos de eso —musitó Herbert—. Ya sabe que no le hemos fallado nunca, doctor. Y siempre le traemos buenos ejemplares.

—Algunos son tan sólo aceptables. Pero, realmente, es mejor así, porque no siempre el receptor de órganos es un atleta, ni mucho menos, y hay que estudiar las posibilidades del hombre medio, ¿Jack?

Este respingó, y se apresuró a colocar un frasco más grande bajo las cargadas manos de Franklin. El hígado salpicó a todos al sumergirse en el líquido. Jack efectuó idéntica maniobra que las veces anteriores, y una vez más regresó junto a Franklin, que se había quedado pensativo y frunció el ceño.

Por fin, movió la cabeza con gesto de pesar.

—Esos pobres diablos... Tenemos otro problema con ellos en el sentido mental, porque todos, todos sin excepción, cuando les decimos lo que hemos hecho con ellos, quedan profundamente deprimidos; en realidad, creo que contraen una verdadera hipocondría. Y no lo entiendo: ¿qué más les da tener su propio corazón que el corazón de otra persona? O cambiar sus riñones, su hígado, su...

—Posiblemente, piensan que con sus propios órganos tienen más vida por delante. Y creo que eso es cierto, doctor.

—Por ahora, sí. Pero dentro de poco, lo mismo darán los propios órganos que los de otra persona, lo importante será tenerlos. En cuanto a nuestro rebaño de cobayas humanos, saben que por muchos trasplantes que se les haga, por mucho que se les intercambien los órganos, podrán sobrevivir indefinidamente si logran salir con vida del quirófano, gracias a mi máquina productora de impulsos eléctricos, capaz de mantener en funcionamiento cualquier órgano que haya sido aceptado en principio. Claro que... no es una máquina perfecta, ya que tiene que ser utilizada con demasiada frecuencia por el paciente, pero... ¿qué otra cosa tienen que hacer esos hombres sino vivir para que yo estudie?

—Me parece —rió Jack—, que ellos podrían darle muchas respuestas diferentes a esa pregunta, doctor.

—¿Qué quieres decir?

—Sin duda alguna, ellos preferirían estar libres viviendo su propia vida que haber sido capturados, traídos aquí, y convertidos en cobayas, en... robots de pruebas quirúrgicas. Y desde luego, si no fuese porque saben que en cuánto dejen de recibir los impulsos eléctricos morirán, ya habríamos tenido muchos problemas con ellos.

—En cambio, como necesitan esos impulsos, son docilísimos corderitos —asintió Franklin—. Hasta cierto punto. No hay que descuidarse, porque la iniciativa que tuvo anoche el que Herbert mató, podría tenerla cualquier otro, por cualquier motivo. Ellos saben que el único modo de continuar viviendo es obedecer y ser pacíficos. Pero... siempre hay algún loco. A ésos, hay que matarlos en seguida, porque no quiero complicaciones. ¿Entendido?

—Sí, doctor.

—Bien. Los riñones vamos a dejarlos. No los quiero, ya que evidentemente, no reúnen las mínimas condiciones exigidas. Terminad vosotros con el esqueleto. Y cuidado con él: son cinco o seis mi! dólares. Voy a telefonear a Corbett para decirle que tenemos otro par de ojos; veré sí puedo conseguir esta vez cuarenta mil dólares.

—Aunque sólo nos dedicásemos a vender ojos, nos haríamos pronto ricos —rió Carlos.

—Mucho más ricos seremos cuando yo elimine los problemas del rechace orgánico y dispongamos inmediatamente fie corazones, riñones, hígados, y demás órganos para vender, Carlos. Hasta luego... Y no vayáis a estropear el esqueleto.

Franklin se dirigió hacia las paletas, se quitó los guantes y procedió a lavarse concienzudamente sus hermosas manos. Luego, se quitó la mascarilla y la bata, y fue hacia la puerta. Salió, y mientras la cerraba, respingó, al ver ante él a Lyman, y, a sus píes, a Lucille.

—¿Qué pasa? —exclamó.

—Intentó escapar, doctor.

Hubo una crispación de furia en el horrendo rostro de Franklin, mientras miraba a la muchacha prácticamente desnuda tendida en el suelo. Por fin, asintió con la cabeza.

—Enciérrala en una de las celdas vacías. Voy a ver si resuelvo este asunto de una vez.

* * *

Sentada en un sillón, retorciéndose las manos, Caroline Dexter respingó cuando vio moverse la alfombra, a la que había estado mirando con hipnótica fijeza.

Al alzarse, la propia trampilla apartó la alfombra.

Franklin apareció en el saloncito, accionó el cierre de la trampilla, puso bien la alfombra, y se fue a sentar delante de Caroline.

— Ya te dije que nos complicaría la vida —dijo sin preámbulos.

—Franklin, ella está... un poco trastornada ahora…

—Precisamente eso es lo que te advertí, ¿no? Imagínate que hubiese conseguido salir de la villa, y aparecer en la carretera casi desnuda, corriendo... Caroline, ¿no lo comprendes? No podemos correr esa clase de riesgos.

—Lo sé.. Tienes razón. Pero, Franklin, es el único familiar que me queda, la amo de verdad, es una niña para mí...

—Es una niña que ha matado a un hombre, con lo cual se ha complicado su propia vida... Yo no estoy dispuesto a permitir que complique la nuestra.

— ¡No puedes matarla! —chilló Caroline.

—Te lo expondré de otro modo —murmuró Franklin-. Como bien sabes, mi técnica operatoria, es hoy por hoy, tan imperfecta como la de otros cirujanos famosos. Hacemos lo que llaman "milagros" pero no es suficiente. Tenemos mucho que aprender aún. Yo, en el exterior, no puedo hacerlo como aquí, con la misma tranquilidad, y, ¿por qué no decirlo?, impunidad absoluta. Esta impunidad, estos medios legales que estoy utilizando para conseguir material humano para mis estudios...

— Y tu negocio —murmuró Caroline.

—Sí, es cierto. Un negocio que nos permite vivir espléndidamente a los dos... ¿O tienes alguna queja?

—No... no. Pero a veces, cuando pienso... ¡Esto es horrible, Franklin!

El médico parpadeó, sorprendido.

—¿Ahora sales con ésas? Ya eres rica, y aún podrás serlo más muy pronto. Y hasta que tu sobrina ha aparecido, no me pareció que el asunto te disgustase tanto... Y muy especialmente, en cuando te dije que yo si podía hacer algo por ti, prolongarte la vida durante muchos años. Primero no querías creerme, Luego dijiste que aceptarías cualquier cosa con tal de seguir viviendo. Y yo te he proporcionado vida y dinero. El dinero, lo gano vendiendo ojos, un negocio que ahora te parece horrible... En cuanto te dije que te iba a trasplantar los magníficos riñones de un hombre joven y perfectamente sano, no te pareció mal, ¿verdad?

—No —musitó Caroline—. No.

—Y no te importó lo que fuese de él, así que... ahí los tienes, en tu cuerpo, viviendo con ellos..., mientras yo estudio la agonía del pobre diablo que recibió los tuyos. Precisamente, ha terminado hace unos minutos en el quirófano.

—¿Ha muerto?

—Eso es. Tus riñones han muerto, Caroline. Pero tú sigues con vida. Con tanta vida como seguiría el pobre diablo si le hubiésemos dejado sus riñones... Pero hay otra cosa: también te decía antes que mi técnica operatoria es hoy por hoy tan imperfecta como la de otros cirujanos famosos, así que todo trasplante tiene... un tiempo limitado de éxito. En tu caso, por ejemplo, sólo vivirías dos o tres años, con mucha suerte... si no fuese porque disponemos de

mi máquina de impulsos eléctricos y de muchos riñones para irte "colocando" cuando los que llevas ahora comiencen a degenerar. Los riñones quizá los fueses consiguiendo en hospitales, no sé... Quizá. Pero, ¿conseguirías un par de riñones, o uno solo, cada año o dos años? Yo creo que no. Pero aun así finalmente, seis u ocho años serían suficientes para que tu organismo dejase de responder a los trasplantes... ¿Cuántos años tienes?

—Cincuenta y uno.

—Cincuenta y un años... Podrás vivir treinta más, rica y tranquila, si seguimos adelante sin tropiezos, Caroline. Pero, si tenemos ese tropiezo, piensa una cosa, a mí quizá me ejecuten, o me encarcelen para toda la vida. A ti, cuando menos, te condenarían a cadena perpetua, o a veinte años. Dime: ¿cuántos crees que vivirías sin los riñones que yo puedo ir proporcionándote, y sobre todo los impulsos eléctricos de mi máquina?

—No sé...

—Ya te lo he dicho: un año, quizá dos. Eso es todo ¿Quieres arriesgar treinta años de tu vida, quizá más, sólo por tu sobrina? Piénsalo bien, querida —Franklin se puso en pie—; tengo que ir a la ciudad, a llamar a uno de mis clientes. Ya sabes que no quiero utilizar tu teléfono para según qué llamadas. Estaré de vuelta para almorzar si es que no rechazas mi presencia. Ya me darás una respuesta entonces...

—Puedo dártela ahora mismo, Franklin.

--Ah, muy bien... ¿Cuál es esa respuesta?

—Quiero vivir —jadeó Caroline—. ¡Quiero vivir, por encima de todo! Pero, no hay por qué matar a Lucy. Podemos tenerla abajo, como a los demás, y dejarla salir por las tardes, para que tome un poco de aire del exterior, como ellos, encerrada, en el salón grande...

Hubo un silencio. Franklin continuó:

—No estás siendo muy piadosa con tu sobrina, en realidad —sonrió Franklin—. Tú puedes salir, hacer cortos viajes a Miami, c a otros sitios encantadores. Puedes disfrutar de la vida, siempre y cuando no estés más de quince días sin recibir los impulsos eléctricos. Pero... ella .. Ella se pasaría la vida encerrada con quince o veinte hombres hipocondríacos, y cuyos instintos, como ocurrió anoche, podrían... ponerse de relieve teniendo cerca a una muchacha bonita...

—Pero... ella viviría...

—Me parece que no te das cuenta de qué clase de vida sería, Caroline.

—Franklin, no puedo... soportar la idea de que tengamos que... que matarla... ¡No puedo!

—De acuerdo —se resignó Franklin—: Está bien, lo haremos así. Caroline. Seguirá viviendo con los demás pacientes. Pero recuerda siempre que ha sido idea tuya, no mía.

# CAPITULO VI

Aquella misma tarde, Lucille Dexter estuvo en el salón grande, con los demás pacientes.

La fueron a buscar, y con todos, salió por la trampilla que comunicaba con el garaje. Desde allí, dando un corto paseo por el jardín, se dirigieron hacia la casa. Dentro de ésta, pasaron a ocupar el salón grande, cuyas puerta-ventanas estaban lo bastante entreabiertas para que, al menos teóricamente, los pacientes pudieran respirar aire más conveniente que el de los subterráneos.

Carlos, Jack, Lyman y Herbert iban con los pacientes, vigilándolos, custodiándolos. Sí, exactamente igual que perros vigilando un rebaño de ovejas. Sorprendentes ovejas sin duda. Sorprendentes y sombrías ovejas, cuyo mutismo era inquietante, igual que sus miradas apagadas, vacías de expresión... Se distribuyeron por el salón apenas llegar, y cada uno pareció sumirse en pensamientos que no podían ser agradables...

Lucille se sentó en uno de los sillones, todavía desconcertada, por el hecho de que la hubiesen retenido en aquella celda del subterráneo durante toda la mañana. Le habían bajado comida y ropas de tía Carolina, que le sentaban aceptablemente, pero no la habían dejado salir. Y cuando la dejaban, era en compañía de aquellos hombres que la miraban, la miraban, la miraban...

La miraban de un modo extraño. Alguno, como si no la viesen. Y otros, expresando cosas que Lucille podía comprender muy bien, y que la hacían estremecerse.

En silencio, desde luego. Nadie pronunciaba una sola palabra...

Así pasó Lucille aquella primera jornada en su nueva situación. Por la noche, encerrada en su celda, no pudo dormir casi nada, debido a los gemidos que oía a través de las paredes. Gemidos que tan pronto parecían de animal como de un niño. Y llantos, y gritos de rabia. La oscuridad era absoluta, y también el silencio, que era bruscamente, escalofriantemente roto de cuando en cuando por aquellos gritos, gruñidos, alaridos, sollozos, y que parecían llegar de todas partes.

A la tarde siguiente volvieron a salir todos, para tomar aire del exterior y permanecer unas horas en el salón grande de la casa, bien ocultos. Es decir..., no salieron todos, los mismos de la tarde anterior. Lucille se dio cuenta de que faltaban dos de aquellos hombres, y sentada en el sillón que parecía elegir como favorito, volvió la cabeza hacia Carlos, que era el que más simpático le parecía.

—¿Dónde están los dos que faltan? —preguntó.

—De viaje.

Lucille reflexionó brevemente. Algo estaba sucediendo en ella misma. Tan pronto se sentía triste como contenta, y realmente, no le importaba estar allí o en otro sitio. De cuando en cuando se miraba las manos “manchadas de sangre” y movía pesarosamente la cabeza

—Yo también quiero marcharme —dijo por fin.

—Se lo diremos a su tía, y ella se encargará de todo.

—Está bien... ¿Dónde está tía Caroline?

—Pronto la verá.

Lucille asintió con la cabeza, y volvió a mirar las manos, para esconderlas rápidamente cuando, de pronto, se dio cuenta de que uno de aquellos hombres que gemían por las noches se sentaba junto a ella, mirándola casi amablemente.

—¿Qué le han hecho a usted? —preguntó el hombre.

—¿A mí? Nada.

El hombre seguía mirándola amablemente. Lucille también le miraba amablemente, porque el hombre era joven y guapo. Estaba muy pálido, eso sí, pero era muy guapo. O se lo parecía a ella... Pero le ocurría una cosa rara: en un segundo, se alegraba de aquel acercamiento masculino; al segundo siguiente, se estremecía de pánico. En un segundo pensaban cosas relacionadas con su tía y con otras personas; al segundo siguiente, veía a Ernest Maxwell ensangrentado en el fondo de una bañera, y sus manos llenas de sangre, y un corazón sobre su cama. Era como si en su mente fuese sucediendo la claridad y la oscuridad, y estaba tan absorta en estudiarse a sí misma hacia dentro, que, realmente, no tenía plena conciencia de lo que sucedía a su alrededor.

—¿Cómo, nada? —murmuró el guapo.

—Nada.

—¿No le han quitado un riñón, o medio hígado, o algún hueso, o algo así?

—No..., no. Me parece que no. Además, usted..., usted está loco. ¿De qué habla?

El hombre guapo acercó más su sillón.

—Es usted muy hermosa —dijo—. A lo mejor la han traído aquí para estudiar nuestras reacciones en ese sentido.

—¿En qué sentido, qué dice, qué...?

—En el sexual. ¿De verdad no le han quitado nada?

—No —se encogió Lucille—. No, nada.

—Pues a los demás sí nos han quitado. Creo que nos cambian órganos de unos a otros, para estudiarnos como si fuésemos animales. Luego cuando morimos, nos descuartizan y nos ponen en frascos con alcohol, formol, o algo parecido.

—Entonces, ¿no son invitados de tía Caroline?

El hombre guapo la miró asombrado.

—No sabemos quién es tía Caroline —susurró:—. Pero conocemos muy bien al doctor Franklin. ¿Invitados? A todos nos ha sucedido lo mismo: nos secuestraron violentamente, nos narcotizaron, y al despertar ya estábamos abajo, en las celdas. Nos duermen y nos despiertan cuando quieren, y nos quitan y nos ponen órganos a gusto del doctor Franklin. Somos como ratas de laboratorio. Igual que usted. Lo que pasa que no lo recuerda, pero tenga la

certeza de que algo le han hecho: le habrán extirpado un riñón, o le habrán inyectado algo. ¿No le duele en ninguna parte de! cuerpo, no tiene ninguna cicatriz?

—No.

—Pues es extraño. ¿Qué hace usted aquí entonces?

Lucille se quedó de nuevo reflexionando. Esa sí era una pregunta interesante: ¿qué hacia ella allí? Desde luego, tenía las manos manchadas de sangre porque había matado a Ernest, pero, ¿qué más? ¿Qué hacía ella allí, rodeada solamente de hombres mudos?

Se puso en pie, y dijo:

-Me parece que no me han quitado nada, no. Pero no estoy segura, porque no puedo verme bien todo ti cuerpo, no sé si me han hecho alguna cicatriz. ¿Quiere verlo usted?

Se quitó rápidamente el vestido de tía Caroline. Lo hizo con tal naturalidad y ligereza que ninguno de los cuatro guardianes supo reaccionar a tiempo para impedirlo, sino que, como los demás hombres, se quedaron contemplando, estupefactos, el espléndido cuerpo blanco y fino de Lucille, que giraba delante del hombre guapo y amable.

—¿Ve alguna?

Lyman lanzó una exclamación, saltó hacia ella, y la cubrió velozmente con; el vestido, ayudado en seguida por Jack y pese a las protestas de Lucille, que quería que el hombre guapo la examinase detenidamente por si tenía alguna cicatriz. Consiguieron vestirla de cualquier manera, mientras los pacientes, y en especial el hombre guapo, los miraban sombría, furiosamente, reflejando sus pupilas un odio escalofriante, pero siempre silenciosos, inmóviles, quizá porque lo que más ansiaban pese a todo era la vida, y sabían que si el doctor Franklin o sus enfermeros se disgustaban con ellos, rio les permitirían recibir impulsos eléctricos de aquella máquina, y morirían todos en pocos días.

—¡Quíteme las manos de encima! —Gritaba Lucille —¡Usted no es quién para decirme lo que tengo que hacer! ¡Tía Caroline! — comenzó a gritar—. ¡Tía Caroline, tía Caroline, tía Caroline!

La puerta del salón grande se abrió de pronto, y apareció tía Caroline, con expresión asustada. Los pacientes la miraron asombrados. Nunca la habían visto antes. Ellos sólo llegaban allí de noche, y eran llevados abajo. Por las tardes, si no estaban en el quirófano o en la enfermería, subían al jardín. Y nunca veían a nadie. Pero sabían ya que había dos mujeres en aquella casa. Y si había dos, lo mismo podían haber veinte.

Tía Caroline se acercó a Lucille, haciéndole señas a Lyman y Jack para que se apartasen. Abrazó cariñosamente a Lucille, y se la llevó hacia la puerta, murmurando:

—Aquí estoy, querida. No debes gritar más, todo va bien. Y si gritas irá mal, ¿comprendes? Vamos, tranquilízate. Iremos a mi saloncito y tomaremos algo allí, ¿te parece bien? ¿Tomarías té?

—Sí —dijo Lucille—. Gracias.

Entró en el saloncito de tía Caroline, siempre abrazada por ésta, que la ayudó a ocupar un sillón. Tía Caroline se sentó delante, y la miró sonriendo, aunque con un gesto raro en la boca y una expresión extraña en los ojos. Lucille pensó que su tía estaba sufriendo

—¿No te encuentras bien, tía Caroline? —se interesó.

Esta tragó saliva, y asintió con el gesto.

—Sí, sí, Lucy, me encuentro perfectamente. ¿Y tú?

—No sé. ¿Me han quitado algo?

—¿Cómo?

— Un riñón, o un hueso, o algo...

—No --palideció tía Caroline—. ¡Claro que no!

—Ah.

Lucille se quedó de nuevo sumida en sus pensamientos. Caroline la miraba con expresión asustada y triste. Le sirvió té, y Lucille lo bebió, mirándola sonriente. Le gustó el té, y luego encendió un cigarrillo del paquete que había sobre la mesita que se interponía entre ambas

—Tía Caroline —dijo de pronto, con tono y expresión, nuevos—. Algo me está ocurriendo. Me noto... confusa, inquieta... Y debo haber padecido alucinaciones, porque recuerdo haber visto cosas horribles.

Caroline Dexter la miraba de nuevo asombrada.

—¿Qué, qué cosas horribles?

—Un corazón en mi cama, y un hombre tuerto que quería algo de mí —la inteligencia, la razón, iban regresando, asomando velozmente a las pupilas de Lucille—, Entonces, llegabas tú, y después más hombres.

Y el doctor Franklin. Un hombre tenía una pistola y mataba a otro.

—Fue un desgraciado accidente, Lucy. Ya pasó, procura no recordarlo más.

—Sí... Resultó muy desagradable. ¿Y el doctor Franklin?

—Está en la ciudad, resolviendo un negocio.

—Ya... Tengo... una sensación extraña, tía Caroline, como si mi cabeza estuviese parcialmente vacía. No sé cómo explicártelo.

—No te preocupes, pronto te encontrarás bien.

—Un hombre me ha estado hablando de que le secuestraron violentamente y le han quitado órganos, o algo así. ¿O forma parte de mi pesadilla? ¿Estoy en tu casa, tía Caroline?

—Claro, hijita.

Parecía que Lucille iba centrando sus pensamientos, poco a poco. De cuando en cuando parpadeaba, y hacía gestos de asentimiento, o miraba fijamente a su tía, o se quedaba atónita mirando la pared. Los engranajes estaban funcionando, lentamente, y Caroline la miraba esperanzada; esperando que la luz volviese con toda su claridad a la mente de Lucille.

De pronto, la puerta del saloncito se abrió, y entró el doctor Franklin, sonriente, muy satisfecho. Evidentemente, llegaba en aquel momento de la

ciudad.

—Buenas tardes, Caroline. El negocio... ¿Qué hace ella aquí? —se detuvo en seco al ver a Lucille.

—Me pareció que no hacía nada malo conversando un rato con ella, Franklin. Y creo que está dando resultado: va recordando cosas que pueden ayudarla a reponerse.

—Bien. Bueno, desde luego es muy posible que después de un shock el paciente pueda ir reponiéndose. Me alegraría por ti. Toma —tiró un fajo de billetes sobre la mesita—: tu parte. Son cinco mil dólares.

—¿Has visto a Corbett?

—Naturalmente. Bien, creo que voy a charlar un rato con Herbert y Jack. Tendrán que salir... de viaje.

Y espero que no fallen, como siempre. Son muy eficaces. Y ya empiezo a necesitar más material humano...

—Quieres decir que los vas a enviar a..., a buscar más hombres.

—Claro. Pero no hablaré con ellos hasta que los pacientes estén abaje, así que vamos a ocuparnos de ello. Lucy, tiene usted que venir conmigo.

—No —se encogió Lucille en el asiento—. No, no.

—Es mejor que vayas con él, querida —susurró Caroline— Ya verás cómo dentro de poco todo está arreglado. Pero no será así si desobedecemos al doctor Franklin.

Lucille estuvo unos segundos mirando con asombro a Franklin, evidentemente sin comprender aquello de que si obedecía al médico todo iría bien para ella, todo se arreglaría. Pero su mente no estaba en condiciones de funcionar al nivel adecuado, así que terminó por aceptar el consejo de su tía. Se puso en pie, y comenzó a caminar hacia la puerta, mientras Franklin la contemplaba con el ceño fruncido. El médico acabó por encoger los hombros, y se fue detrás de la muchacha. En el vestíbulo, la tomó de un brazo, y la llevó hacia el salón grande.

Al llegar allá, ordenó desde el umbral:

—Ya está bien. Abajo todos, Herbert.

—Sí, doctor.

El rebaño de pacientes se puso en pie. El hombre guapo se apresuró a acercarse a Lucille, mirando torvamente a Franklin, que frunció el ceño, soltó a la muchacha, y se apartó del grupo. El hombre guapo tomó a Lucille por los hombros, susurrando:

—Si me necesitas para algo, llámame en seguida. Mi nombre es Preston.

—¿Por qué dices eso?

—Yo me entiendo.

—Pues yo no te entiendo a ti. Claro que tampoco me entiendo a mí misma. No sé lo que me pasa —parpadeó, deteniéndose—. No entiendo nada de nada. ¿Adónde vamos ahora?

—Abajo —replicó escuetamente Preston.

—Ah, sí.

Salieron de la casa, Preston, ella y los demás hombres silenciosos formando un grupo que llevaba delante a Herbert, detrás a Lyman, a un lado Jack y al otro a Carlos. Lucille estaba segura de que aquello le recordaba algo, pero no conseguía centrarse, Llegaron al garaje, y desde allí, después de ser abierta la trampilla, comenzaron a descender hacia los subterráneos. Estaban bajando los peldaños de madera cuando, de pronto, por delante de Lucille y Preston, uno de sus compañeros lanzó un quejido, se llevó las manos al vientre, y tras palidecer intensamente, cayó hacia delante rodando sin sentido escaleras abajo hasta llegar al pasillo.

* * *

Entre los pacientes hubo un movimiento de alarma y de desconcierto, pero Herbert se apresuró a inclinarse sobre el hombre desvanecido, y dijo:

—Está vivo. No pasa nada. A ver, ayúdenme dos de ustedes. Carlos, los demás a sus dormitorios.

—Está bien.

—Y tú ve a avisar al doctor, Jack.

Lucille se había arrodillado junto al hombre caído, y Preston, al parecer sin darse cuenta o quizá no queriendo separarse de ella, fue el segundo voluntario para llevar al hombre entre ambos. Herbert miró a Lucillo, vaciló, pero acabó por aceptar con un gesto.

—De prisa —dijo—. A la sala eléctrica.

Empezó a caminar pasillo adelante. Lucille miró desconcertada a Preston, que le hizo comprender con una seña que él sabía lo que tenían que hacer. Tomó al hombre por los sobacos, y ella por los tobillos, y fueron en pos de Herbert; lo alcanzaron cuando ya éste abría la puerta metálica, y Se volvía, indicando:

—Cierra tú, Lyman, cuando haya entrado el último. Vamos, de prisa.

La sala eléctrica, resultó ser, simplemente, una de las celdas contiguas al quirófano, que era la única que sobre el marco de la puerta tenía luz roja Herbert abrió la puerta, encendió la luz, y señaló una camilla colocada junto a una gran máquina adosada a la pared, también recubierta de mosaico. Entre Preston, Lucille y Herbert colocaron al hombre desvanecido en la camilla, y luego Lucille se quedó mirando a su alrededor, sin entender nada. Era una máquina grande, con muchos paneles, mandos, botones. De uno de los paneles salían por lo menos cincuenta o sesenta delgados cables eléctricos con una pequeña ventosa metálica en el extremo, y Herbert comenzó a aplicar algunas de aquellas ventosas en las piernas del hombre desvanecido.

Se oía el sonido metálico de puertas al ser cerradas, y Carlos y Lyman aparecieron de pronto en el cuarto de la máquina de impulsos eléctricos. Jack y el doctor Franklin llegaron casi al mismo tiempo, procedentes del pasillo que llevaba a 1a bodega, y, por tanto, a la casa, no al garaje. Franklin llegó apartando a todo el mundo rudamente y gruñendo:

—¿Qué ha pasado?

--Se ha caído escaleras abajo —explicó Herbert—, Está desvanecido, pero su pulso es muy débil, así que...

—Cállate. Y sigue colocando electrodos en sus piernas. Ayúdame, Lyman. Jack y Carlos: en los brazos. Yo me ocuparé del torso y la cabeza

—Me parece que es inútil —dijo Herbert— Y no lo comprendo, porque no precisaba energía hasta dentro de cinco días, doctor

—¿Quiere que le traiga su ficha? —se ofreció Jack.

—No necesito ninguna ficha —refunfuñó Franklin—. Conozco perfectamente a todos mis pacientes, y estoy al día con respecto a ellos.

—Entonces quizá tenga una idea de lo que ha podido ocurrirle a éste, doctor.

—No. Y eso es precisamente lo interesante, lo que justifica lo que estamos haciendo. Vamos a ver por qué se ha desmayado, qué le ha ocurrido, cómo reacciona. ¡Puede ser uno de ¡os primeros pasos importantes en mis estudios!

—Ojalá.

—Herbert, termina ahí. Pon en funcionamiento los impulsos. Luego..

Preston y Lucille parecían clavados al suelo, olvidados de Franklin y sus hombres. Especialmente Lucille, tenía los ojos muy abiertos, mirando al hombre desvanecido, lleno de conexiones por todas partes. El torso, la cabeza, brazos y piernas. Por todas partes parecían salir hilos eléctricos que lo envolvían como un extraordinario pulpo de grandes ventosas en sus delgados tentáculos.

Este hombre se llama Lewis Ashenden —decía Franklin. Hace dos semanas que le injerté un trozo de hígado de un hombre muerto de cirrosis. Ahora vamos a ver...

Lucille palideció, y retrocedió un paso. Nadie pareció darse cuenta de ello, ni siquiera Preston, que asistía fascinado al empleo de la máquina de impulsos eléctricos en un ser ajeno a él. Por su parte, había experimentado varias veces la acción de los electrodos, pero nunca se había visto a sí mismo, no sabía cómo había reaccionado, qué sucedía realmente. Herbert había encendido un par de pequeñas pantallas circulares en las que aparecieron inmediatamente gráficos vivos relacionados con la presión sanguínea y el ritmo del corazón.

Bien —aprobó Franklin—, Vamos a ocuparnos, ante todo, de su recuperación total. Luego nos ocuparemos de las exploraciones y análisis. Acaba ahí, Lyman.

—¿Quiere que yo tome los mandos?

—No, no. Lo haré yo. Por el momento, soy quien mejor controla los impulsos eléctricos.

Se colocó ante un panel lleno de diminutos botones, y comenzó a apretarlos, alternados. El hombre desvanecido en la camilla pegó todo él un extraño brinco, alzándose horizontalmente, y emitiendo un alarido. Franklin lanzó una imprecación, y miró a Jack velozmente.

Jack movió un dial, y Franklin volvió a apretar botones, con gran cautela.

El hombre de la camilla comenzó a vibrar, pero suavemente ahora, sin saltos ni alaridos. Parecía estar trepidando, y una espuma rojiza comenzó a aparecer a los pocos segundos por un lado de la boca. El hombre abrió de pronto los ojos, y los dejó fijos en el techo, inmóviles, hieráticos. Sus labios comenzaron a moverse, a vibrar también, y la espuma rojiza comenzó a deslizarse por la mejilla hacia el cuello.

—Todo va bien —musitó Franklin—. Pero parece que tiene una pequeña hemorragia.

Lucille había retrocedido otro paso al ver aparecer la espuma roja en la boca del paciente. Y casi saltó hacia atrás al verle abrir los ojos, que le parecieron de cristal, o los de un... grotesco muñeco. Todavía retrocedió otro paso, y otro...

De pronto, se encontró en el centro del aposento circular, rodeada de puertas cerradas. Todas estaban cerradas, menos la de la sala eléctrica. También tenía libre el camino hacia el pasillo que la llevaría a la bodega, desde donde podría darle una sorpresa a tía Caroline visitándola. Pero no tenía ganas de ver a tía Caroline. En realidad, no tenía ganas de ver a nadie. Lo mejor que podía hacer era esconderse, huir de todo y de todos.

Sin saber por qué, abrió la puerta que tenía encima la luz roja, entró, y cerró tras ella. Buscó a tientas el interruptor de la luz, lo encontró, y lo accionó. Una luz espléndida llenó el quirófano. Se quedó de espaldas a la puerta, mirando a todos lados sin saber qué hacer.

Y los frascos aquéllos llenos de cosas le llamaron la atención.

Se acercó a ellos, y los fue mirando. No logró comprender nada hasta que, de pronto, vio un corazón.

En el acto, una imagen que le pareció muy lejana, explotó en su mente: se vio en una cama, de rodillas, contemplando un corazón, mientras una mano llena de vello caía sobre su hombro desnudo, y ella veía a un hombre que solamente tenía un ojo. Pero ahora, además, si, además del corazón, estaba viendo dos ojos. Dos, no uno. Sólo que estos ojos no tenían hombre. Estaban flotando delante de ella, y parecían mirarla. Sí, debían estar mirándola, espiándola. Dos ojos, un corazón, dos ojos, un corazón, dos ojos, un corazón.

Los ojos de Lucille comenzaron a girar, a girar, a girar, mientras la boca se abría y cerraba convulsivamente y todo su cuerpo se estremecía. Y más y más se estremecía a medida que, mientras miraba a su alrededor, iba viendo más frascos con ojos, y con más corazones, y con otras cosas. Dentro de su cabeza parecía haber algo ardiente y muy duro que la estaba golpeando, corno si quisiera salir. ¡Pom, pom, pom, pom...! resonaba su cabeza y todo su cuerpo. En unos segundos pareció que todo estuviese lleno de ojos, hígados, riñones y corazones flotando en aquel líquido casi transparente, amarillento. Y todo giraba alrededor de ella, mientras los ojos parecían fijos mirándola, fijos, fijos.

Cuando Lucille recobró un poco el dominio, de sí misma, se encontró fuera del quirófano, apoyada en la puerta que había cerrado a sus espaldas. Todavía le temblaban las piernas, las manos, la mandíbula. Todo le temblaba.

Poco a poco, se fue serenando, mirando ahora las puertas metálicas. Estaba fuera. Fuera de aquel horrible lugar lleno de pares de ojos y corazones, y a su derecha tenía la puerta de la sala eléctrica, en la que había ahora una voz lívida, y brotaban gemidos, suspiros. Un helado repeluzno se convirtió en grandioso escalofrío al oír un quejido inhumano.

Giró hacia la izquierda, empujó la primera puerta que encontró, y entró. Su cara chocó contra algo que la hizo respingar. Se volvió, buscó y encontró también el interruptor de la luz de aquel cuarto, y la encendió. Se volvió de nuevo hacia dentro del cuarto, y se quedó clavada en el suelo al ver con qué había chocado.

Se quedó helada, muda, como si la sangre, de pronto, se le hubiese convertido en solidísimo hielo.

* * *

Delante de ella, suspendidos del techo, había dos hombres. Es decir, dos esqueletos. Mejor dicho: un esqueleto y medio. Uno de los esqueletos era ya solamente puro hueso con armazón de fino alambre que lo mantenía unido.

El otro esqueleto todavía no estaba libre de carne completamente, ni de vello. Todavía quedaba carne en el tórax, en los brazos, y en la cabeza, a la cual le faltaban los ojos, de modo que se veían las dos grandes cuencas vacías, manchadas de sangre seca.

—¡Ah...! ¡Ah...!

En la sala de impulsos eléctricos, el doctor Franklin respingó, dio un brinco al oír aquel alarido escalofriante, y lo mismo hicieron los demás, incluido Preston. El que pagó las consecuencias del sobresalto general, fue el paciente colocado en la camilla, y que se estaba recobrando gracias al fluido eléctrico. Pero, en su sobresalto, Jack se estremeció de tal modo que no pudo controlar la potencia de la descarga.

Y en un segundo, el hombre que se estaba recuperando quedó completamente negro, carbonizado, envuelto en humo blanquecino que hizo retroceder a Franklin y sus hombres, mientras Preston daba media vuelta y salía corriendo de allí.

El olor a carne quemada fue de tal intensidad que tanto el doctor Franklin como sus hombres estuvieron a punto de desvanecerse, mientras en los paneles comenzaban a saltar chispas azuladas en todas direcciones.

Demudado el rostro, crispado, palidísimo, Franklin pareció convertirse en una grotesca araña en su salto hacia la palanca general de fluido eléctrico. La bajó de un tirón, y mientras el olor a carne quemada parecía penetrar hasta el último rincón de su cuerpo volvieron a oír el alarido de Lucille:

—¡Aaaaaaahhhhhh!

## CAPITULO VII

Caroline Dexter estaba lívida, pero no menos lo estaba el doctor Franklin mientras terminaba la explicación:

—Y menos mal que las puertas de los demás pacientes estaban cerradas ya —jadeó—. Tuvimos que matar al único que estaba fuera, el que había ayudado a llevar a la sala eléctrica al otro. Se volvió como loco, y comenzó a golpearnos en la oscuridad. Herbert encendió una de las linternas para estas emergencias de fallos en el generador de abajo, y lo localizó con la luz cuando estaba estrangulando a Lyman. Hubo que matarlo. Nos vamos quedando sin pacientes, Caroline.

—¿Y ella?

—La encontramos todavía gritando en el cuarto donde descarnamos y preparamos los esqueletos para luego venderlos. Tengo sus alaridos vibrando aún en mis oídos. Todo ocurrió por culpa de ella, Caroline, espero que lo hayas entendido.

—Sí...

—Es un peligro para todos. En cuanto a ella misma, ya te dije que...

—¿Vas a insistir en que hay que matarla?

—Sería lo mejor. Para todos. Empezando por ella misma. Caroline. Mira, tú estás aquí arriba, y, en realidad, no te enteras de nada. Solamente sabes lo que yo te digo, y comprendo muy bien que no sientas interés por ver nada de lo que pasa en el subterráneo. Por mucho que yo te diga, y procuro que no te enteres de casi nada, no puedes comprender a qué extremos debe llegar la ciencia para adelantar. Y ella tampoco puede comprenderlo. En cambio, sí ha visto ya cosas que la verdad, temo que se vuelva completamente loca, Caroline. Hasta ahora ha sido una desquiciada inofensiva, pero una persona loca puede hacer cosas insospechadas. Deberíamos..

—Déjame hablar con ella.

—No conseguirás nada. ¿No lo entiendes? Tu sobrina no puede atender a razones y menos ahora, en estos momentos. Para su mentalidad, fue terrible lo que hizo con aquel hombre en la bañera, y nunca sería capaz de comprender qué impulso le dio valor para hacerlo. Eso, sólo eso, ya inició su perturbación. ¡Y luego tuvo la mala ocurrencia de venir aquí!

—Déjame probarlo por última vez —imploró Caroline—. Deja que hable con ella mañana, o pasado, cuando creas que este más calmada.

—Vamos a hacer un trato --susurró Franklin--: dentro de unos días, espero que Lucy se encuentre más tranquila, en efecto. Entonces, te dejaré hablar con ella. Pero, mientras tanto, permanecerá encerrada abajo y, si después de haber hablado con ella tú misma te convences de que no puedes manejarla, dejarás que disponga de su cuerpo

—¡No! —gritó Caroline —. ¡Eso no!

—Está bien. La tendremos en observación algunos días, y luego te la

enviaré. Y recuerda: si no se ha recuperado y por el contrario, va empeorando, la mataremos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Franklin asintió con la cabeza, se puso en pie, y salió del saloncito privado de Caroline, la cual se quedó inmóvil, con la mirada perdida.

Estaban sucediendo cosas en las que ella jamás había pensado. O quizá era que no las había comprendido bien desde el principio. O que no había querido comprenderlas. Mientras no se había enterado de nada, las vagas explicaciones de Franklin le habían parecido como ajenas a ella, no había siquiera rozado su sensibilidad, no había acabado de comprender lo que significaba todo aquello. Pero ahora, no tenía más remedio que comprenderlo, ahora tenía que verlo desde un ángulo mucho más personal.

Ya no se trataba de que Franklin le diese unas explicaciones más o menos científicas sobre personas desconocidas, sino de imaginarse a Lucy con un riñón menos, o quizá con una parte del hígado amputado e injertado en otra persona, o...

Se estremeció fuertemente, y sus párpados se separaron más.

—Debo estar loca —pensó—. No es Lucy la que está loca, sino yo. ¿Cómo pude admitir eso?

Sólo había una respuesta. Estaba cobrando buenas cantidades por medio de Franklin, pero no era por eso, no. La única respuesta, se llamaba supervivencia. Su vida estaba en manes de Franklin, y a cambio de su vida ella haría o aceptaría todo lo que fuese.

Todavía durante unos minutos, Caroline estuvo vacilando, luchando con sus sentimientos hacia Lucy, con sus remordimientos. Tuvo que llegar a una única conclusión: tenía que elegir entre ella o su sobrina Lucy.

—Pobre Lucy —musitó—. ¡Pobrecita niña!

* * *

Estaba tendida en el camastro de su celda, completamente a oscuras, con los ojos abiertos y fijos en la absoluta negrura. En su mente desfilaba la terrorífica imagen de aquellos dos cuerpos colgando ante ella, pero no podía mover ni siquiera los párpados, ni siquiera gritar, ni hacer el menor gesto

No podía hacer nada.

Solamente, ver continuamente, como una imagen eterna, el esqueleto mondo sujeto por alambres y el otro, todavía con restos de materia en algunas partes, y los ojos vacíos, de cuencas enrojecidas, oscilando ante ella debido al golpe. Luego, veía a otro hombre, tendido en una camilla y rodeado de hilos eléctricos. Por un lado de la boca de este hombre salía espuma rojiza, y el hombre temblaba, temblaba, temblaba. A continuación veía miles de pares de ojos que llenaban la oscuridad, mirándola. Y corazones flotando en aquella oscuridad. Corazones muertos, que no latían. Parecían de goma. Exactamente: de goma.

Se oyó en la puerta el suave roce del hierro. Unos segundos después, se encendía la luz de aquella celda. La única reacción que hubo en Lucille no fue voluntaria, sino refleja: sus pupilas se empequeñecieron al recibir de pronto tanta claridad. Pero no parpadeó si-quiera, ni volvió la cabeza... Nada.

Todavía en el umbral, Carlos la estuvo contemplando unos segundos, atentamente, como desconfiado. Luego, cerró la puerta, y se acercó a ella. Se quedó mirando los casi desorbitados ojos fijos en la nada.

—¿Necesita algo? —murmuró.

Fue como hablarle a una piedra o a un árbol.

Carlos se sentó en el borde del camastro, siempre mirando fijamente a la muchacha. De pronto, miró hacia la puerta, y de nuevo a Lucille, otra vez hacia la puerta. Otra vez le tocaba el turno de vigilancia a él. Los demás estaban descansando. Se había pensado en enviar a Jack y Herbert a buscar más pacientes, pero tras reflexionar, el doctor había decidido esperar. Esperarían a ver qué pasaba precisamente con la muchacha, pues no quería más complicaciones y confiaba en que todo volvería a su habitual tranquilidad una vez ella hubiese... desaparecido.

—Es una lástima —pensó Carlos—, pero, verdaderamente, no vale la pena complicarse la vida por ella.

Estuvo mirándola largamente, pensativo, mientras, muy despacio, a medida que sus ojos recorrían la figura de Lucille, una expresión bien definida iba apareciendo en su rostro. Con una mano, tomó la barbilla de Lucille, y la movió hacia los lados, con suavidad.

—Eh. ¡Eh!

El cuello de Lucille parecía de goma, y sus ojos continuaban fijos en nada. Es decir, nada del exterior.

Por dentro, en la mente, bullían sin embargo, las imágenes, sin tregua, sin descanso.

—¡Eh! —alzó un poco más la voz Carlos.

Lucille no varió la actitud, y el carcelero nocturno encogió los hombros.

—Bueno —dijo—. A mí lo mismo me da de un modo que de otro.

* * *

La segunda noche que Carlos la visitó, Lucille estaba sentada en el camastro, inmóvil, siempre fijos sus ojos en la oscuridad. Pero hubo un parpadeo en ellos cuando se encendió la luz. Lo único que tuvo que hacer Carlos fue ayudarla a tenderse en el camastro.

La tercera noche, Lucille también estaba sentada en el camastro, parpadeó al encender la luz, y sus ojos se volvieron hacia el visitante, que le sonrió.

—Aquí estoy de nuevo, preciosa, hola.

—Hola —sonrió Lucille.

Carlos alzó las cejas, agradablemente sorprendido. Cerró la puerta y se acercó a ella.

—¿De manera que estás reaccionando por fin? No sé si alegrarme, francamente —sonrió de lado—. Y aunque no lo creas, lo digo por ti, en tu beneficio.

—¿Quieres decir que eres amigo mío?

—Mujer —rió Carlos—. ¡Eso ha quedado más que demostrado! Claro que tú no debes recordar nada, pero

—Sí —cortó ella—. Sí, lo recuerdo todo.

—¿Todo? —murmuró él.

—Sí. Sé que me has estado dando de comer y de beber, y que has venido por las noches. Lo recuerdo todo,

Carlos se removió, un poco inquieto, desasosegado.

—Bueno. Te he estado ayudando, ¿no es cierto? Si no hubiera sido por mí, quizá estarías muerta.

—Pero a ti te ha gustado más que yo esté viva. ¿También esta noche has venido a..., a hacerme compañía?

—Sí,

—¿Por qué?

—Porque me gustas —sonrió Carlos.

—¿Y por nada más?

El canalla pensó rápidamente.

—Y porque así no tendrás que temer de nada ni de nadie. Yo soy tu amigo y no permitiré que nada malo te pase, Lucy.

—Gracias. Me gustará que te quedes, entonces. —Estupendo —sonrió de nuevo Carlos.

Se quedó.

* * *

—Carlos —musitó ella más tarde—, quiero marcharme de aquí.

El se la quedó mirando fijamente. ¿Marcharse de allí? ¡Graciosa idea! Sabía muy bien que Lucille jamás saldría de aquella casa, al menos con vida.

Pero dijo:

—Te comprendo.

—¿Vas a ayudarme?

—Me gustaría. Podríamos marcharnos los dos juntos, pero no creas que es tan fácil. Todos nos vigilan, Lucy.

—¿No quieres ayudarme?

—Sí quiero. Pero de momento no es posible. Te diré lo que vamos a hacer; espera unos días más, y mientras tanto, yo lo iré preparando todo. Cuando llegué el momento, te avisaré. ¿Te parece bien?

—Sí —sonrió ella—. Sí, lo que tú digas.

# CAPITULO VIII

—Desde luego, está mucho mejor, lo admito —dijo Franklin— Pero precisamente por estar mejor, está pensando en marcharse. Anoche se lo propuso a Carlos.

—¿A Carlos? —musitó Caroline.

—Sí —sonrió Franklin— Se ha hecho, muy amigo de ella. La visita cada noche, y...

—¿Para qué?

—Oh, pues. Vamos, vamos, Caroline, es una pregunta tonta. Te diré que a mí no me importa que Carlos tenga su diversión aquí mismo. En cierto modo, él ha contribuido a que tu sobrina se encuentre mejor, ha centrado su mente... Lo que no me gusta es que ella esté pensando en huir. Le ha pedido ayuda a Carlos, y él se la ha prometido, pero, naturalmente, no vamos a permitir que se marche. La situación, de todos modos, comenzará a ponerse molesta muy pronto, porque ella irá insistiendo, y tarde o temprano comprenderá que Carlos no piensa ayudarla y entonces, volveríamos a tener complicaciones, ahora que vuelvo a trabajar con tranquilidad. Así que he pensado que seas tú la que convenzas a tu sobrina de que no debe intentar marcharse de aquí.

—¡No quiero bajar ahí! - respingó Caroline.

—La dejaremos subir a ella, esta misma tarde, con los demás, y te la traeremos. Como tú realmente la quieres, no te costará esfuerzo alguno ser amable y cariñosa con ella. Mientras la vayas convenciendo de que debe permanecer aquí, seguirá viviendo, Caroline. Pero te lo advierto: no admitiré ya ninguna complicación más por culpa de la muchacha. ¿Está claro?

—Sí, sí, Franklin. Yo la convenceré.

* * *

—Pasa —sonrió Caroline—. Pasa, querida, no te quedes ahí.

Lucille permaneció todavía unos segundos en el umbral del saloncito de su tía, mirándola fijamente. Luego, miró a Carlos, que le sonrió, la empujó con suavidad, y salió, cerrando la puerta. Lucille hubiese preferido que se quedase con ella, pero sabía que Carlos tenía que volver a vigilar a los demás, a los pacientes. A los hombres silenciosos, sombríos, que estaban en el salón grande, meditando sobre su destino “científico”.

Había uno. Al que no había visto hasta entonces porque había permanecido reponiéndose en una de las celdas, al que Carlos había mencionado como “el campeón”. Ella le había preguntado por qué lo llamaban así, pero Carlos le había hecho expresivas señas para que callase, pues los demás los miraban, y, claro, Lucille entendió perfectamente que si se daban cuenta de que eran tan buenos amigos, las cosas se dificultarían para ambos. Pero a la noche le preguntaría a Carlos qué quería decir aquello de “el campeón”.

Parpadeó cuando se dio cuenta de que tía Caroline estaba ante ella, un poco crispado el rostro en un intento de sonrisa, y tomándole las manos.

—Estás muy bonita, Lucy. Muy bonita. Me alegra mucho que ya no estés enferma.

—Gracias.

—Ven, sentémonos. Vamos a charlar un poco. Como en los buenos tiempos, querida. ¿Quieres té?

—Sí. Sí

Caroline la llevó hasta el sofá, la empujó un poco para sentarla, y sonrió más ampliamente.

—De verdad que tienes muy buen aspecto. Espero que dentro de muy poco estarás completamente bien, ya verás. Te serviré el té.

Lucille estuvo mirando a su tía mientras ésta servía el té en dos tazas. Solamente se oía el rumor del líquido cayendo. Olía muy bien. ¡Qué silencio!

—El doctor Franklin me dijo que bajase a charlar contigo, pero yo prefiero estar aquí arriba, excepto cuando no tengo más remedio que bajar, para,.., para las corrientes. Además, pensé que, puesto que estás mucho mejor, sería beneficioso para ti tomar un poco de aire fresco.

—No hay pájaros —musitó Lucille.

—¿Qué?

—He pasado por el jardín y no he visto pájaros. No hay ninguno.

—Ya vendrán —Caroline colocó el té en la mesita, y se sentó junto a Lucille—. Los pájaros siempre vuelven, querida. Cualquiera sabe por qué ahora no hay ninguno.

—Porque no les gusta estar aquí —dijo inexpresivamente Lucille.

—¿Eso piensas? Bueno, es posible. Los pájaros no son unos animalitos muy listos, la verdad. Yo estoy muy bien aquí. Aunque dentro de poco espero hacer un corto viaje. ¿Y tú? ¿Estás bien aquí, Lucy?

Lucille la miró, con cierta alarma, pero acabó sonriendo astutamente.

—Sí, estoy muy bien, tía Caroline. Muy bien.

—¿Te gusta estar aquí, de verdad?

—Sí, sí.

—Ah.. Entonces, no es cierto que quieras marcharte, según comprendo.

Lucille se quedó mirándola fijamente, por completo inexpresivo el rostro ¿Le había dicho ella a tía Caroline que quería marcharse, últimamente? No. No, no... Estaba segura de esto: no le había dicho nada. No podía haberle dicho nada porque había comprendido que tía Caroline no quería que se marchase. Nadie quería que ella se marchase, así que la tenían encerrada, y la vigilaban. Nadie quería que se fuese de allí, excepto Carlos. Carlos la quería, se lo había demostrado. Y por eso, era el único que quería ayudarla Y por eso también era por lo que había confiado en él Era el único en el que había confiado para decirle que quería marcharse de allí, y pedirle ayuda.

Carlos era el único que sabía que ella quería marcharse.

Y ahora, lo sabía tía Caroline. Había dicho: “entonces, no es cierto que

quieras marcharte". Era una frase que implicaba que tía Caroline creía que ella quería marcharse.

—No —dijo—. No quiero marcharme, tía Caroline. Estoy muy bien aquí.

—No sabes cuánto me alegro, Lucy. Mira, si te pones bien completamente, creo que podré arreglarlo para que estés en la casa, conmigo. Sabes cuánto te quiero, pequeña.

Siempre te gustó venir a esta casa, estar conmigo. Sólo tienes que quedarte siempre aquí, no abandonarme, y todos estaremos bien y felices, ¿comprendes?

—Claro. ¿Me dejas fumar?

—¡Naturalmente, hijita! —Se sorprendió Caroline—, Eres mi única y querida sobrina, y estás invitada, no prisionera,

Lucille se puso en pie, fue hacia donde había visto el paquete de cigarrillos, y encendió uno. Al dejar el paquete, su mirada quedó fija en las tijeras de costura de tía Caroline. Desde luego que tía Caroline no era un ama de casa modelo, pero había pequeñas cosas que ella misma se arreglaba, no por ahorro, sino por gusto. Esto la había divertido siempre. Y a ella le había gustado siempre ver a tía Caroline haciendo cosas con ropa, tan sosegada, en las tardes en el jardín, oyendo el piar de cientos da pajarillos. Pero ahora no había pájaros; ni uno solo. Y tía Caroline, ya no le parecía la misma tía Caroline.

Tía Caroline la estaba engañando. Como Franklin, como los demás. Todos la estaban engañando. Todos.

Y seguramente, en cualquier momento, el doctor Franklin le quitaría el ce razón, o los ojos, o los riñones.

Y luego la colgarían en aquel cuarto, con los huesos al aire. Aunque no todos, porque en algunos aún quedarían jirones de carne Y se verían sus ojos vacíos. Pero antes la habrían puesto en aquella máquina, con todos aquellos hilos, y de su boca saldría espuma rojiza, mientras su cuerpo temblaba, temblaba, temblaba.

—¿Qué te ocurre? —musitó tía Caroline.

—Tengo... tengo frío...

—Cerraré la ventana

Tía Caroline fue a cerrar la ventana. Pero, cosa extraña, el silencio no fue mayor por eso. Lo mismo daba que la ventana estuviese abierta o cerrada.

Cuando Caroline terminó de cerrar la ventana y se volvió, Lucille caminaba, ya de nuevo hacia el sofá. La vio sentarse, envarada, dejar el cigarrillo en un lado del platillo, y tomar la taza de té para apurarlo

—¿Te sientes mejor?

—Sí, sí. Pero quiero .., quisiera irme abajo, estoy muy cansada.

—¿No quieres más té?

—No, gracias. Otro día, tía Caroline.

—Desde luego, querida. Puedes venir aquí siempre que quieras. Y recuerda que si de verdad te gusta estar en la casa, y no piensas marcharte,

podemos arreglarlo para que duermas arriba, en tu cuarto de siempre. Confío en que te quedarás siempre conmigo.

—Sí, tía Caroline

—No sabes cuánto me alegro —la acarició Caroline las manos, con auténtica emoción en la voz—, ¡No sabes cuánto me alegro, Lucy! Iré a llamar ahora, para que te acompañen abajo.

* * *

—Hola —sonrió Carlos, tras cerrar la puerta—. Creí que te encontraría dormida. Parecías tan cansada.

—Sí, estoy cansada —sonrió cariñosamente ella—. Pero sabía que vendrías.

Carlos fue a sentarse junto a ella en el catre, le pasó un brazo por la cintura, y. la abrazó, con fuerza, besándola en los labios, largamente, hasta que ella se apartó, y soltó una risita.

—No sé por qué tienes tanta prisa —protestó—. Tengo ganas de charlar un poco, Carlos.

—¿Charlar? ¿De qué?

—De... Oh, de eso del “campeón". ¿Qué quiere decir?

—El campeón es un paciente formidable. El más utilizado, por decirlo así. Se le ha extirpado un trozo de hígado, un riñón, un ojo, y se le ha hecho un trasplante de corazón. Y a pesar de eso, todavía vive. Por eso le llamamos el campeón. El doctor está muy contento con los estudios que lleva realizados en él.

—Ah... ¿A mí también me quitarán cosas?

—No... No, no.

—Yo creo que sí. A menos que nos escapemos antes, Carlos.

—Ya te dije que no es fácil, y que esperases el momento oportuno. Entonces, tú y yo...

—Me estás engañando. Le tías dicho a mi tía que yo quería marcharme.

—Vamos, vamos, pequeña...

—Es verdad que se lo has dicho. Seguramente, se lo has dicho a todos. Mi tía sabe que yo quería marcharme, lo ha dicho de un modo que he comprendido que sólo por medio de ti había podido enterarse... Se lo has dicho.

—Escucha, Lucy, podemos...

—¡Suéltame! —Se desasió ella—, ¡No quiero que me toques! Se lo has dicho, ¿verdad?

Carlos frunció hoscamente el entrecejo.

—Eres una chiflada estúpida —rezongó—. Claro que se lo he dicho al doctor. ¿Creías qué...?

La boca de Carlos quedó abierta en un gesto de estupefacción, de incredulidad, cuando Lucille sacó la mano de debajo de la colchoneta, con las

largas y agudas tijeras en ella. No tuvo tiempo ni siquiera de reaccionar. Las tijeras bajaron, en un golpe fortísimo, y el bien templado acero se hundió en el pecho de Carlos, justo por encima del corazón, penetrando hasta este órgano.

Carlos se encogió al recibir el doble pinchazo, y quedó así, con los ojos desorbitados, ya muerto, mientras las tijeras eran retiradas de entre sus huesos y su carne, para volver a clavarse, con la misma fuerza. Esta vez, la resistencia encontrada fue menor, pues ya no era un ser vivo quien recibía el impacto, sino un cadáver, que fue lanzado fuera del camastro y rodó por el suelo, seguido por Lucille, que una y otra vez, desorbitados los ojos, estuvo desahogando su rencor.

Por fin se detuvo, jadeante, y miró vivamente hacia la puerta.

“Aún quedan más —pensó—. ¡Aún quedan otros!”

Se incorporó, fija la mirada en la puerta. Sí Carlos estaba allí quería decir que aquella noche no estaba de guardia. Entonces, debía haber otro en el pasillo. Se acercó a la puerta, la abrió un poco, y lanzó un vistazo. Herbert estaba allí, aburrido, con sueño.

Carlos le había explicado a Lucille que lo de vigilar uno cada noche los tenía fastidiados, pero que Franklin así lo exigía, y no tenían más remedio que obedecer.

Herbert volvió la cabeza, como si se diese cuenta que le estaban mirando. Vio a Lucille, asomada a la puerta, mirándole, v su ceño se frunció. Ella le hizo una seña, y desapareció, Herbert echó a correr hacia la celda, convencido de que algo le había ocurrido a Carlos, pero, ni mucho menos, lo que vio al entrar precipitadamente. Se detuvo en seco delante mismo de sil ensangrentado compañero; casi tropezando con él, y sus ojos se desorbitaron, en su garganta se ahogó un respingo de espanto, mientras se volvía hacia Lucille, exclamando,

—¿Qué...?

Las tijeras.

Herbert vio su centelleo, pero nada más. Ya no podría ver nunca nada más.

Cuando Lucille terminó con él, estaba quizá en peores condiciones que Carlos. La muchacha estuvo allí, jadeante, durante un par de minutos, alucinada. Luego, salió de la celda, y caminó hasta el centro del aposento lleno de puertas. La mayoría de ellas estaban cerradas, así que eligió la única que estaba abierta. Fue hacia allí, entró, encendió la luz y alzó las tijeras, mirando enloquecida alrededor.

Al mismo tiempo que oía la exclamación, veía las literas. En una de ellas, Jack se había sentado, de pronto, y sus ojos se desorbitaron al ver a Lucy, tijeras en mano, mirándole, empezando a caminar hacia él.

—¡Lyman! —aulló Jack volviéndose hacia la pared, donde de un clavo pendía su pistola, en la funda.

Lyman despertó sobresaltadísímo, pegando un bote que lo llevó a caer de lo alto de la segunda litera al suelo, de rodillas. Lanzó un aullido de dolor,

mezclado con el espanto que le producía aquella visión ensangrentada ante él. Lucille dio media vuelta rápidamente, y salió de la celda dormitorio de los empleados de Franklin, cerrando de un fuerte golpe que ahogó el impacto de la bala contra el metal, y hasta la propia estampida del disparo. Vio la llave en la cerradura, y la hizo girar.

Se quedó allí, mirando con expresión enloquecida la puerta, en la que resonaban los golpes que propinaban Lyman y Jack En las otras puertas comenzaron a sonar también golpes, y las voces de los "pacientes" inundaron el circular aposento central, como un coro de lamentos y de súplicas espeluznantes.

Lucille se tapó las orejas con ambas manos, y echó a correr, hasta llegar al final del pasillo. Allá, se lanzó contra lo que parecía pared, golpeando y empujando con todas las fuerzas, aullando, hasta que la estantería cedió un poco. Con la fuerza de la locura, la empujó hasta hacerla caer al otro lado, arrancándola, y apareció en la bodega, que cruzó a todo correr, para lanzarse escaleras arriba, hacia la cocina. Todavía no había llegado a lo alto del tramo cuando se abrió la puerta, y aparecieron un hombre y una mujer. Uno de ellos encendió la luz que iluminaba el tramo. Fue la mujer, mientras el hombre, aprovechando la luz de la cocina, se lanzaba escaleras abajo.

Al encenderse la luz, se vio bajando a toda prisa hacia la figura ensangrentada. Su boca se abrió en un gesto de horror, quiso detenerse pronto, y lo único que consiguió fue perder el equilibrio y rodar escaleras abajo, mientras la mujer gritaba:

—¡Tomaso!

Lucille seguía corriendo hacia arriba, y la mujer la miraba paralizada de espanto. Cuando la vio alzar el brazo derecho comprendió que iba a apuñalarla, y se apartó, echándose contra la pared, cediendo el paso. La doble puñalada pasó rozando su seno derecho, como un latigazo de fuego, y entre el dolor y el miedo, Ruth no pudo contener su rebote, y cayó también rodando escaleras abajo, donde Tomaso comenzaba a ponerse en pie,

"¡Plam!", resonó !a puerta de la cocina al ser cerrada por fuera por Lucille. Y en seguida, oyeron el girar de la llave.

Lucille salió corriendo de la cocina, y en seguida, de la casa. Sabía muy bien lo que tenía que hacer para que todas aquellas personas que la estaban engañando no pudieran hacerle mal alguno. Sólo tenía que impedir que saliesen del subterráneo. Llegó corriendo al garaje, localizó la trampilla, y miró a su alrededor. Fue hacia uno de los coches, y lo empujó rabiosamente, haciéndolo rodar hasta que quedó encima de la trampilla. ¡Por allí no saldrían, desde luego! Ni por la cocina. ¡Quedaba el saloncito de tía Caroline!

* * *

Corrió de nuevo hacia la casa, y, mientras cruzaba el vestíbulo, le pareció oír, en alguna parte, la voz del doctor Franklin. Desentendiéndose de esto,

entró en el saloncito de tía Caroline, empujó el sofá, lo volcó encima de la trampilla y colocó encima uno de los sillones más pesados, reluciendo espantosamente sus ojos desorbitados.

—¡Tomaso! —Oyó la voz de Franklin, más cerca, más clara—. ¡Tomaso!

Se volvió hacia la puerta del saloncito, como una fiera. Sin la menor vacilación salió otra vez al vestíbulo, corriendo, con las tijeras en alto, lanzando aullidos.

Y el doctor Franklin, que bajaba en pijama la blanca escalinata, a todo correr, se encontró de pronto con que estaba corriendo hacia su propia muerte. Lucille llegó al pie de la escalinata, y Franklin quiso detenerse, aterrorizado ante aquella visión y lo que significaba. Consiguió frenar su marcha cuando le faltaban tres escalones para llegar abajo, e inició media vuelta para regresar escaleras arriba.

"¡Chooooc!", oyó en su propia espalda. Y un intenso frío penetró en su cuerpo, y sus piernas se doblaron, su cabeza dio vueltas. No se dio cuenta de que caía hacia atrás, ni de los golpes que se daba. Pero supo que se había detenido, que ya no se movía, y entonces, abrió los ojos.

— ¡Noooo! —gritó

Pero ya las tijeras estaban descendiendo hacia su garganta, y allí terminaron el recorrido. No se enteró de nada más. Ni Lucille se enteraba de lo que estaba haciendo, porque ya, en su mente desquiciada por completo, ni siquiera existía el deseo inicial de escapar, de vengarse o de sobrevivir. El mecanismo se había roto por completo; había quedado destrozado.

* * *

Sólo dejó de subir y bajar las tijeras cuando oyó el grito de angustia en lo alto de la escalera. Se quedó con el brazo en alto, mirando hacia arriba con la cabeza ladeada, los ojos fuera de las órbitas, tanto como los tenía Caroline Dexter contemplando a quien sólo podía ser su sobrina.

Y Lucille Dexter se puso en pie junto al cadáver de Franklin, y se lanzó escaleras arriba, igual que una fiera sanguinaria, felinamente, poderosamente, centuplicadas sus fuerzas por la locura, blandiendo las tijeras.

Arriba, Caroline Dexter no pudo hacer nada.

Su terror era tal que no podía moverse, ni pensar, ni reaccionar en modo alguno. Ni siquiera hablar. Su mandíbula interior se movía y temblaba, y sus ojos se abrían más y más. Y eso era todo lo que podía hacer mientras veía a Lucille corriendo escaleras arriba, hacia ella, con las tijeras en alto.

"Ya está —pensó— ¡Ya está! ¡Ya están todos!" Caroline Dexter se desvanecía de terror justo en el momento que llegando ante ella Lucille, lanzaba por primera vez su enloquecido, poderosísimo golpe de acero puntiagudo. Golpe que se fue repitiendo, hasta que, de pronto, Lucille se detuvo, con el brazo en alto.

Pero no. Abajo quedaban otros, que quizá consiguiesen salir, y querrían

matarla, engañarla, quitarle el corazón y los ojos, colgarla en aquel cuarto con los huesos al aire.

—No lo harán conmigo. ¡No lo harán!

Se lanzó escaleras abajo, y volvió al garaje, donde encontró pronto una lata de gasolina. Volvió con ella a la casa, entró en el saloncito de tía Caroline, y comenzó a rociarlo todo con la gasolina.

Cuando salió una vez más de la casa, de nuevo empuñando las tijeras, el rojo resplandor comenzaba a extenderse rápidamente desde el saloncito hacia el piso de arriba. Se detuvo a mitad del camino hacia el garaje, y se quedó contemplando el fuego. Era curioso, qué rápidamente se propagaba. Estuvo allí como hipnotizada durante más de un minuto, contemplando el fuego, inmóvil, con la mente en blanco para todo lo que no fuese aquel hermoso fuego que terminaría con todos los que querían engañarla y colgar su esqueleto sin ojos de un techo en una celda oscura.

Lentamente, muy lentamente, su cerebro fue admitiendo el mensaje que le enviaban los oídos, muy lentamente. Era un sonido que había oído muchas veces, desde luego, pero... ¡Los bomberos! ¡Claro! ¡Había fuego, y venían los bomberos!

Estaban cada vez más cerca, los oía ya perfectamente, con tuerza. ¡Iban a llegar de un momento a otro!

Y querrían apagar el fuego...

—No —se dijo— ¡No les dejaré que apaguen el fuego!

# FINAL

—Santo Dios. ¡Una mujer! —exclamó Jerry Conway—. ¡Pero si era lo más espantoso que he visto en mi vida, muchachos!

—Pues era una mujer. Y, como te he dicho, la estaban buscando por asesinato en un motel de Los Angeles. Se había inscrito allá con el nombre de Lucy Lane.

—¿Y habían más personas en la casa? Quiero decir, en esos subterráneos.

—Estaba lleno. Muchacho, yo no sabría decirte lo que ha pasado allí, y cuando recuerdo el aspecto de aquella chica, prefiero no saber nada de nada. Que la policía y el FBI se las arreglen como puedan. Ya verás cómo sacan en limpio todo lo que sucedió. ¡Bueno! Se nos ha dicho que la cosa no fue tan grave como parecía, así que ya podemos darte la noticia. ¿Tú qué querías: niño o niña?

—¿Está bien Dorothy? —Se alarmó Jerry-—. Roscoe, lo que más me interesa a mí

—Que sí, hombre, que sí. Te apuesto a que se levanta antes que tú.

—Pues me alegraría. Espero que no la hayáis asustado con lo que me ha pasado a mí.

—¿Por quién nos tomas, maldita sea? —Refunfuñó Jamie Silverton—. Ella sabe que de ésta no vas a morir. Y te aseguramos que ella está perfectamente. Ahora, contesta a la pregunta de Roscoe. ¿Querías niño o niña?

—Pues no sé. Pero sea lo que fuere, bien está para mí. Y en cuanto salga de ésta, iré con Dorothy a ver aquella mansión en la que pude dejar el pellejo. Y no fue por el fuego, no: ¿Cómo quedó la casa?

—No quedó casa —mascculló Broderick—. Pero salvamos completamente el jardín. Este está como sí tal cosa: hay flores a miles, hermosos árboles, pajarillos que cantan...

—Esos bichos son unos insensatos —aseguró Roscoe—. Con el tinglado que se organizó en esa villa, y ellos tan tranquilos, piando en los árboles. Toda una casa carbonizada, ni rastro de vida humana en ella, y los pajaritos cantan como si la vida fuese lo más hermoso que...

—A lo mejor cantan porque la vida de ellos sí es hermosa —susurró Jerry —. Y su vida es la que les interesa a ellos, ¿no?

**FIN**